3 1761 08696000 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

charette M 4303

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elingenio01cerv

LS
C419d
1884

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

con notas sobre el texto, del puño y letra del autor, en el ejemplar prueba de correccion de la 1.ª edicion de 1605, ÚNICO EJEMPLAR CONOCIDO.

402200
20.4.42

PALENCIA:
ADMINISTRACION, ZAPATA, 11.

1884.

Es propiedad de D. Feliciano Ortego Aguirrebeña, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

Véndese en Palencia, Zapata, 11; y en la imprenta y librería de Peralta, Plaza Mayor, 5.

Á MI QUERIDA ESPOSA

BALDOMERA LARREA

DEDICO

esta edicion verdadera y exacta restauracion del Quijote, como prueba de cariño.

Feliciano Ortego Aguirrebeña.

ADVERTENCIA.

Numerosas son las ediciones que se han hecho del Quijote en España como fuera de ella. Ninguna fué la expresion real y exacta del pensamiento del autor. Solo este ejemplar, prueba de correccion que tuvo á la vista él, es el único destinado á desterrar los errores, anacronismos y suposiciones que se le han imputado. Si las primeras que se publicaron en España no fueron correspondientes ni al mérito ni al honor que él se habia adquirido, por los yerros con que las llenaron, esta capilla que poseemos afortunadamente, hace ahora que ya en su pátria, como fuera de ella, podamos con orgullo decir, que Cervantes terminó su Quijote en 1605, sin error alguno. Por mas esmero que hayan tenido en cuantas ediciones sucesivamente vieron la luz pública para vindicar el honor español, erigiendo un monumento glorioso á la memoria de Cervantes, ninguno llenó ese objeto, toda vez que contenian errores que el autor no cometió y que á la verdad, por carecer todos de este único ejemplar, y por no cumplir el impresor con lo que el autor ordenó, le atribuyeron anacronismos, faltas, yerros y errores que se halló muy distante de cometer.

Tantas cuantas aclaraciones sobre algunos pasajes y expresiones se pusieron, en vez de hacer completas cuantas ediciones se publicaron, llenaron objeto diferente; diametralmente opuesto al pensamiento del autor, como queda plenamente demostrado en esta nueva edicion. Que las costumbres hayan variado, que su-

friese el lenguaje alguna alteracion y que los hechos históricos de aquella época fuesen ó no conocidos por los autores, no es razon suficiente que autorice á cuantos han publicado diversas ediciones á variar en nada el pensamiento del autor.

El texto desnudo, su gracia original é inimitable, es lo que debieron publicar todos. Al querer quitar equivocaciones, esclarecer conceptos y espíritu que se proponian, incurrieron en polo opuesto, pues que le imputaron errores y su gracia original é inimitable no quedó muy bien parada.

A fin de no alterar en nada el original, le copio con la mayor exactitud, dejo de poner la nota que no comprendo y en el tomo ó parte que á mi pertenece, explico mis pobres conceptos. Este tomo, como puede verse, es el complemento de verdad de cuanto queda consignado en esta advertencia y demostrado en la copia del único Quijote verdad existente.

Si consigo demostrar no cometió Cervantes las faltas que le imputan y que su primera edicion de 1605 salió de su mano pura y sin mancha, é influyo con esto en favor de la ilustracion y de la literatura ¿qué más puedo desear?

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Dirigido al Duque de Bejar, Marqués de Gibraleon, Conde de Benalcazar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

CON PRIVILEGIO,

EN MADRID.—Por Juan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro Señor.

TASSA.

Yo Juan Gallo de Andrada escribano de Camara del Rey nuestro señor de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fé, que habiendo visto por los señores del un libro intitulado, *El ingenioso hidalgo de la Mancha,* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: tassaron cada pliego del dicho libro á tres maravedis y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello conste di la presente en Valladolid, a veinte dias del mes de Deciembre, de mil y seiscientos y cuatro años.

Juan Gallo de Andrada.

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS.

Este libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original: en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teologos de la Universidad de Alcala, en primero de Diciembre, de 1604 años

El Licenciado Francisco
Murcia de la Llana.

EL REY.

Por cuanto, por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fue fecha relacion, que habiades compuesto un libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha,* el cual os habia costado mucho trabajo, y era muy util, y provechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licencia y facultad, para le poder imprimir, y previlegio por el tiempo que fuessemos servidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la prematica ultimamente por nos fecha, sobre la impression de los libros dispone, fue acordado, que debiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha,* que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros Reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuente desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiciere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impression que hiciere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis, cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha

pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra Camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubieredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto, que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de Camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impression está conforme el original o traigais fé en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impression, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada un libro de los que assi fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumen hubieredes de haber. Y mandamos al impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de un solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correccion, y tassa, hasta que antes, y primero el dicho libro esté corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucessivamente ponga esta nuestra cedula, y la aprobacion, tassa, y erratas, so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras cualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Va-

lladolid, a veinte y seis dias del mes de Setiembre, de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Juan de Amezqueta.

AL DUQUE DE BEJAR,

Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

En fe del buen acogimiento, y honra, que hace vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente, las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que conteniendose en los limites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes
Saavedra.

PROLOGO.

Desocupado Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi que podra engendrar el esteril, y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien le engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion. El sossiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla, y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta a sus amigos, por agudezas, y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote: no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hacen, Lector carisimo, que perdones, o dissimules las faltas que en este mi hijo vieres, y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrio, como el mas pintado,

y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto, al Rey mato. Todo lo cual te essenta, y hace libre de todo respeto, y obligacion, y assi puedes decir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la inumerabilidad, y catalogo, de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor, que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tome la pluma para escribille, y muchas la dejé por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la megilla, pensando lo que diria, entró a deshora un amigo mio, gracioso, y bien entendido. El cual viendome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriendosela yo, le dije, Que pensaba en el Prologo que habia de hacer, a la historia de don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero. Por que como quereis vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y doctrina: sin acota-

ciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterva de filosofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos, y eloquentes? Pues que cuando citan la divina escritura, no diran sino que son unos santos Tomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado destraido, y en otro hacen un sermoncico Cristiano, que es un contento y un regalo, oille, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A. B. C. Comenzando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoilo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, a lo menos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o poetas, celeberrimos. Aunque si yo los pidiese a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les igualassen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin señor y amigo mio, prosegui, yo determino, que el señor don Quijote, se quede sepultado en sus archivos, en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan

lo que yo me se decir sin ellos. De aqui nace la suspension, y elevamiento, amigo, en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dandose una palmada en la frente, y disparando en una carga de risa, me dijo: Por Dios hermano, que agora me acabo de desengañar, de un engaño en que he estado, todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero agora veo, que estais tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender, y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis, que os suspenden, y acobardan, para dejar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quijote, luz, y espejo de toda la caballeria andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: De que modo pensais llenar el vacio de mi temor, y reducir a claridad, el caos de mi confusion? a lo cual el dijo. Lo primero en que reparais de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graves, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar, y

poner el nombre que quisieredes, ahijandolos al Preste Juan de las Indias, o al Emperador de Trapisonda, de quien yo se que hay noticia, que fueron famosos Poetas, y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos podantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las margenes, los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos, que pusieredes en vuestra historia, no hay mas, sino hacer de manera que vengan a pelo, algunas sentencias, o latines, que vos sepais de memoria, o a lo menos que os cuesten poco trabajo el buscalles. Como sera poner, tratando de libertad y cautiverio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dijo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con *Palida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regunque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda, que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio. *De corde exeunt cogitationes malas.* Si de la instabilidad de los amigos, ahi está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y provecho el dia de hoy.

En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun Gigante en vuestro libro, hacedle que sea el Gigante Golias, y con solo esto, que os costara casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner el Gigante Golias, o Goliat. Fue un Filisteo, a quien el pastor David mato de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, haced de modo, como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho, por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tataredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la se de coro. Si de mugeres rameras, ahi está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crueles, Ovidio os entregará a Modea. Si de encantadores, y hechiceras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Julio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alejandros. Si tataredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua Toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneis a Fonseca, del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare a dessear

en tal materia. En resolucion no hay mas, sino que vos procureis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dejadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las margenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora a la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos decis. Pues esse mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada, y quiza alguno habra tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado, en la simple, y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo Catalogo de autores, a dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habra quien se ponga a averiguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Cuanto mas, que si bien caigo en la cuenta, estè vuestro libro, no tiene necessidad de ninguna cosa, de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo el es una invectiva contra los libros de caballerias, de quien nunca se acordó Aristoteles, ni dijo nada san Basilio, ni alcanzó Cicerón. Ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrologia, ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien se sirve la Retorica, ni tiene

para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion, en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura, no mira a mas, que a deshacer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de caballerias, no hay para que andeis mendigando sentencias, de filosofos consejos de la divina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo sonoro, y festivo. Pintando en todo lo que alcanzaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia el melancolico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas, que si esto alcanzassedes, no habriades alcanzado poco. Con silencio grande estuve escuchando, lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prologo. En el cual veras Lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal consejero, y el

alivio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin revueltas, la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente caballero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago, en darte a conocer tan noble, y tan honrado caballero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras, del famoso Sancho Panza su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de caballerias, estan esparcidas. Y con esto, Dios te de salud, y a mi no olvide.

VALE.

AL LIBRO
DE
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

Urganda la desconocida.

Si de llegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por ir a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar una en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.
Y pues la espiriencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bejar tu buena estre.
Un arbol real te ofre
Que dá Principes por fru
En el cual florecio un Du
Que es nuevo Alejandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Favorece la fortu.
De un noble hidalgo Manche
Cantarás las aventu
A quien ociosas letu
Trastornaron la cabe.

Damas, armas, caballe
Le provocaron de mo
Que cual Orlando furio
Templado a lo enamora
Alcanzó a fuerza de bra
A Dulcinea del Tobo.
No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que cuando es todo figu
Con ruines puntos se embi.
Si en la direccion te humi
No dirá mofante algu
Que don Alvaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se queja de la fortu.
Pues al cielo no le plu
Que saliesses tan ladi
Como el negro Juan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torciendo la bo
Dira el que entiende la le
No un palmo de las ore
Para que conmigo flo?
No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu

Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas a censo perpe
Advierte que es desati
Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en las ma
Para tirar al veci.
Deja que el hombre de jui
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donce
Escribe a tontas, y a lo.

AMADIS DE GAULA,

Á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tu que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente, y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre a penitencia reducida.
Tu a quien los ojos dieron la bebida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alcanzandote la plata, estaño y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.

Vive seguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la cuarta esfera,
Sus caballos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria sera en todas la primera,
Tu labio autor al mundo unico y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA,

Á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice,
Mas que en el orbe caballero andante,
Fui diestro, fui valiente, fui arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di a la fama que eternice,
Fui comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo Gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve a mis pies postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura,
A la calva ocasion al estricote:
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, o gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA,

á

DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

O quien tuviera hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Londres con tu Aldea.
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu hiciste,
Del comedido hidalgo don Quijote.
Que assi envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA,

Á SANCHO PANZA,

ESCUDERO DE DON QUIJOTE.

SONETO.

Salve varon famoso, a quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,

Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Ya la azada, o la hoz poco repugna,
Al andante ejercicio, ya está en uso,
La llaneza escudera con que acuso,
Al soberbio que intenta hollar la Luna.
Envidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas igualmente te envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, o Sancho tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ovidio,
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO,

á

SANCHO PANZA, Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude
Del Manchego don Quijo
Puse pies en polvoro
Por vivir a lo discre.
Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifró en una retira
Segun siente Celesti
Libró en mi opinion divi
Si encubriera mas lo huma.

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo
Bisnieto del gran Babie

Por pecados de flaque
Fui a poder de un don Quijo.
Parejas corri a lo flo
Mas por una de caba
No se me escapó ceba
Que esto saqué a Lazari
Cuando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa

ORLANDO FURIOSO,

á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Sino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede haberle donde tu te hallares,
Invito vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quijote, que perdido,
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro,
Se debe a tus proezas, y a tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Cita fiero domas, que hoy nos llama,
Iguales en amor con mal sucesso.

EL CABALLERO DEL FEBO,

á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Phebo Español, curioso cortesano,
Ni a la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios desprecié, la Monarquia,
Que me ofrecio el Oriente (rojo) en vano,
Dejé por ver el rostro soberano,
De Claridiana aurora hermosa mia.
Amela por milagro unico, y raro,
Y ausente en su desgracia el propio infierno
Temio mi brazo que domó su rabia.
Mas vos Godo Quijote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN,

á

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Maguer señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nunca sereis de alguno reprochado,
Por home de obras viles, y soeces.
Seran vuessas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuessa linda Dulcinea,
Dessaguisado contra vos comete,
Ni a vuessas cuitas muestra buen talante.
En tal desman vuesso conhorte sea,
Que Sancho Panza fue mal alcahuete,
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA, Y ROCINANTE.

Soneto.

B. Como estais Rocinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda señor que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
Quereislo ver, miradlo enamorado.
B. Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafisico estais. R. Es que no como.
B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
Como me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo, y escudero, o mayordomo,
Son tan Rocines como Rocinante.

TABLA

de los capítulos que contiene esta famosa historia del valeroso caballero don Quijote de la Mancha.

PRIMERA PARTE.

Pág.

Cap. primero.—Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha. 1

Cap. segundo.—Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote. 7

Cap. tercero.—Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero. 14

Cap. cuarto.—De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta. . . . 21

Cap. quinto.—Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero. . . 28

Cap. sesto.—Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo. . 33

Cap. séptimo.—De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha. 41

Cap. octavo.—Del buen sucesso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucessos dignos de felice recordacion.. 47

SEGUNDA PARTE.

Pág.

Cap. noveno.—Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron. 58

Cap. diez.—De lo que mas le avino á don Quijote con el Vizcaino.. 63

Cap. once.—De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.. 69

Cap. doce.—De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote. . . . 76

Cap. trece.—Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos. . . 83

Cap. catorce.—Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos. 94

TERCERA PARTE.

Cap. quince.—Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.. 105

Cap. dieciseis.—De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo. 113

Cap. diecisiete.—Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza passaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo.. 122

Cap. dieciocho.—Donde se cuentan las razones que passó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas. 131

Cap. diecinueve.—De las discretas razones que

Pág.

Sancho passaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. 143

Cap. veinte.—De la jamás vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha. 151

Cap. veintiuno.—Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero. 166

Cap. veintidos.—De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir. 179

Cap. veintitres.—De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan. . . 191

Cap. veinticuatro.—Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. 204

Cap. veinticinco.—Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha: y de la imitacion que hizo á la penitencia de Baltenebros.. 215

Cap. veintiseis—Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena. 233

Cap. veintisiete.—De como siguieron en su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.. 242

CUARTA PARTE.

Pág.

Cap. veintiocho.—Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra.. 263

Cap. veintinueve.—Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperíssima penitencia en que se habia puesto. . 280

Cap. treinta.—Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.. . . . 294

Cap. treinta y uno.—De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucessos. . 305

Cap. treinta y dos.—Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote. 316

Cap. treinta y tres.—Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.. 323

Cap. treinta y cuatro.—Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente. . . 346

Cap. treinta y cinco.—Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto. . 368

Cap. treinta y seis.—Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente. 372

Cap. treinta y siete.—De otros raros sucessos que en la venta sucedieron. 378

Cap. treinta y ocho.—Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras. 386

Cap. treinta y nueve.—Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras. 398

Pág.

Cap. cuarenta.—Donde el cautivo cuenta su vida y sucessos. 403
Cap. cuarenta y uno.—Donde se prosigue la historia del cautivo. 412
Cap. cuarenta y dos.—Donde todavia prosigue el cautivo su sucesso. . . , ... 426
Cap. cuarenta y tres.—Que trata de lo que mas sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse. 449
Cap. cuarenta y cuatro.—Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos. 457
Cap. cuarenta y cinco.—Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta. . . . 468
Cap. cuarenta y seis.—Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad. 478
Cap. cuarenta y siete.—En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.. 486
Cap. cuarenta y ocho.—Del extraño modo con que fué encantado don Quijote de la Mancha. 493
Cap. cuarenta y nueve.—Donde se refiere el viage del encantado caballero de la Mancha, con otros famosos sucessos. . . 496
Cap. cincuenta.—Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio. . . 507
Cap. cincuenta y uno.—Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote. 516

Pág.

Cap. cincuenta y dos.—Donde prosiguen las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucessos. 524

Cap. cincuenta y tres.—Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á don Quijote. 532

Cap. cincuenta y cuatro.—De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor. 538

FIN DE LA TABLA.

PRIMERA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sábados, lantejas los Viérnes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo, y los dias de entresemana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que assi ensillaba el rocin, como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion recia, seco de

carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza, Quieren decir, que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento, basta que en la narracion del, no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en qué leer, y assí llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva. Porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito. *La razon de la sin razon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia: *Los altos cielos que de vuestra divinidad, divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiessen curado, no dejaría de tener el rostro .y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo, alababa en su autor

aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pié de la letra, como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y contínuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cual habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo, decia, que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le passaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assí del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, assí de encantamentos, como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates impossibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero, pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del Gigante Morgante, porque con

ser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalban, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba: y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué, que le pareció convenible y necessario, assí para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapisonda; y assí con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priessa á poner en efecto lo que desseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo, pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sinó morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que en cajada con el morrion, hacian una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero, y en un punto, des-

hizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por assegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza: y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finíssima de encaje. Fué luego á ver su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le passaron en imaginar qué nombre le pondria, porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviesse sin nombre conocido, y assí procuraba acomodársele de manera que declarasse quien habia sido antes que fuesse de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse él tambien el nombre, y le cobrasse famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y assí despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar don Quijote, de donde (como queda dicho) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir: pero acordándose que el valeroso Amadis, no solo se habia con-

tentado con llamarse Amadis á secas, sinó que añadió el nombre de su Reino y pátria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, assí quiso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quijote de la Mancha, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y pátria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender, que no le faltaba otra cosa sinó buscar una dama de quien enamorarse: porque el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahi con algun Gigante (como de ordinario les acontece á los caballeros andantes) y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, no será bien tener á quien enviarle presentado? y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: Yo señora, soy el Gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante. ¡Oh cómo se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo, habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, (aunque segun se entiende, ella jamás lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijesse mucho del suyo, y que tirasse y se encaminasse al de Princessa

y gran señora, vino á llarmarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y assí sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo, de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen desseo: mas apenas se vió en el campo, cuando le assaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganasse. Estos pensamientos le

hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topasse, á imitacion de otros muchos que assí lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuessen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo y diciendo: Quién duda, sinó que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del Manchego horizonte, á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: Dichosa edad y siglo dichoso, aquel á donde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en

todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo (como si verdaderamente fuera enamorado). ¡Oh Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje; y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos (si algunos tuviera). Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego, luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino, fué la del puerto Lápice, otros dicen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, su rocin y él, se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y á donde pudiesse remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella, que á los portales, sinó á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priessa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho, y

passar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuesse llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho della, detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta, de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priessa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solozando. En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon assí se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á don Quijote lo que desseaba, que era que algun Enano hacia señal de su venida: y assí con extraño contento llegó á la venta y á las damas. Las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta: pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: No fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que professo, non toca, ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profession, no pudieron tener la risa, y fué de

manera, que don Quijote vino á correrse y á decirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez á demás la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y passara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre, que por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y el coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas, en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y assí le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quijote la humildad del Alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: Para mí, señor Castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensó el huésped, que el haberle llamado Castellano, habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz, y de los de la playa de San Lúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante ó paje. Y assí le respondió: Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo assí, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á tener el estribo á don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, (como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado). Dijo luego al hués-

ped, que le tuviesse mucho cuidado de su caballo, por que era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, (que ya se habian reconciliado con él) las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamás supieron, ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos, mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y assí se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire: Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera don Quijote cuando de su aldea vino; doncellas curaban del, Princesas del su rocino. Ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el desseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra, solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa: Cualquiera yantaria yo, respondió don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta

sinó unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que dalle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió don Quijote, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y ansí una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y assí como llegó, sonó su silbato de cañas, cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna, sin recibir la órden de caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.

Y assí fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber que hacerse, ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir, que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió don Quijote, y assí os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto desseo, para poder como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo, buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo desseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero (que como está dicho) era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuanto acabó de oirle semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó

de seguirle el humor; y assí le dijo, que andaba muy acertado en lo que desseaba y pedia, y que tal presupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba: y que él ansí mesmo en los años de su mocedad, se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiesse dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compás de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia ejercitado la ligereza de sus piés, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos; y finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condicion que fuessen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con él de sus haberes, en pago de su buen desseo. Díjole tambien, que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo: pero que en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedasse armado caballero, y tan caballero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros, respodió don Quijote, que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes, que ninguno los hubiesse traido. A esto dijo el ventero,

que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necessaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por esso se habia de creer que no los trujeron: y assí tuviesse por cierto y averiguado, que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiesse sucederles; y que assí mismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos, para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian, y salian heridos, habia quien los curasse, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella, ó Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiessen tenido: mas que en tanto que esto no hubiesse, tuvieron los passados caballeros por cosa acertada, que sus escuderos fuessen proveidos de dineros y de otras cosas necessarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sútiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podia mandar como á su ahijado, que tan presto lo habia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las prevenciones recibidas, y que vería cuan bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase. Prometióle don

Quijote, de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y assí se dió luego órden como velasse las armas, en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba; y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á passear delante de la pila; y cuando comenzó el passeo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta, la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde lejos: y vieron que con sossegado ademan, unas veces se passeaba, otras arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba: de manera, que cuanto el novel caballero hacia, era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: O tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, sinó quieres dejar la vida, en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y

diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necessidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á passearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la mesma intencion, de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas, para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro: al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: O señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza, á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera él pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podia, se reparaba con su adarga: y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejassen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matasse á todos. Tambien don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratassen los andantes caballeros: y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía: pero de

vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno, Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio, y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y assí por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar: y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas, con la misma quietud y sossiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediesse: y assí llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero, consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia; cuanto mas, que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo, que él estaba alli pronto para obedecerle, y que concluyesse con la mayor brevedad que pudiesse: porque si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, escepto aquellas que él le mandasse, á quien por su respeto dejaria. Advertido, y medroso desto el Castellano, trujo luego un libro donde assentaba la paja y cebada que daba á los arrieros: y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de ro-

dillas, y leyendo en su manual (como que decia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda, alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su mesma espada, un gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaba). Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñesse la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura, y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa, á cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya habian visto del novel caballero, les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiesse de alli adelante á quien quedaba obligado, por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzasse por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviesse le serviria, y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciesse merced, que de alli adelante se pusiesse don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió: y la otra le calzó la espuela, con la cual le passó casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó don Quijote, que se pusiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope, y apriessa, las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vió la hora don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras, y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agra-

deciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es possible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedir él la costa de la posada, le dejó ir á la buen hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

LA del alba sería, cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necessarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero: haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil, de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que alli estaba, salian unas voces delicadas, como de persona que se quejaba. Y á penas las hubo oido, cuando dijo: Gracias doy al cielo, por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profession, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algun-

menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos passos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra á un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba: y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes, un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension, y consejo: Porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio, por la passion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui en adelante mas cuidado con el hato. Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, á donde estaba arrimada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en estos contornos; el cual es tan descuidado, que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido, ó vellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios, y en mi ánima que miente. Miente delante de mi, ruin villano, dijo don Quijote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte á parte con esta lanza, pagadle luego sin mas réplica, sinó, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin respon-

der palabra desató á su criado. Al cual preguntó don Quijote, que cuanto le debia su amo: él dijo que nueve meses, á siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales: y díjole al labrador, que al momento los desembolsasse, sinó queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que para el passo en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos: porque se le habian de descontar, y recibir en cuenta, tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó don Quijote: pero quédense los zapatos y las sangrias, por los azotes que sin culpa le habeis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo: y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: ansí que por esta parte no os debe nada. El daño está señor caballero, en que no tengo aqui dineros, véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. Irme yo con él, dijo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo, me dessuelle como á un san Bartolomé. No hará tal, replicó don Quijote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto: y con que él me lo jure, por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre, y asseguraré la paga. Mire vuestra merced señor lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros: cuanto mas, que cada uno es hijo de sus obras. Assí es verdad, dijo, Andrés, pero este mi amo de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme

placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro; y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dijo don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado, sinó, por el mismo juramento os juro, de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad: y no se os parta de las mientes, lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andrés, y díjole: Venid acá hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Esso juro yo, dijo Andrés, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva: que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que sinó me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto. Llamad, señor Andrés, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, vereis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de dessollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuesse á buscar su juez, para que ejecutasse la pro-

nunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia passado, y que se lo habia de pagar con las setenas. Pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicíssimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto y rendido á toda tu voluntad, en talante, á un tan valiente y tan nombrado caballero, como lo es y será don Quijote de la Mancha: el cual (como todo el mundo sabe) ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio, que formó la sinrazon, y cometió la crueldad. Hoy quitó el látigo de la mano á aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia; y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes Toledanos, que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por

imitar en todo cuanto á él le parecia posible, los passos que habia leido en sus libros, le pareció venir alli de molde uno que pensaba hacer. Y assí, con gentil continente y denuendo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenia y juzgaba: y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oir, levantó don Quijote la voz, y con ademan arrogante, dijo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo, doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpar Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decia: y por la figura, y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en qué paraba aquella confesion que se les pedia: y uno dellos que era un poco burlon, y muy mucho discreto, le dijo: Señor caballero, nosotros no conocemos quien sea esa buena señora que decis, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana, y sin apremio alguno confessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó don Quijote, qué hiciérades vosotros en confessar una verdad tan notoria? la importancia está, en que sin verla lo habeis de creer, confessar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno (como pide la órden de caballería) ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aqui estamos, que

porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando una cosa por nosotros jamás vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo esso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, esso que dices, sinó ámbar y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcovada, sinó mas derecha que un uso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho, contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja, contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo passara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiva, atended, que no por culpa mia, sinó de mi caballo, estoy aqui tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de

haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro don Quijote tantos palos, que á despecho, y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diesse tanto, y que le dejasse: pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego, hasta envidar todo el resto de su cólera: y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los Malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado: el cual, despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse; pero sinó lo pudo hacer cuando sano y bueno, cómo lo haria molipo y casi deshecho? y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo, y no era possible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun passo de sus libros, y trújole su locura á la memoria, aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos: y con todo esto, no mas

verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el passo en que se hallaba: y assí con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento, lo mesmo que dicen decia el herido caballero del bosque: Dónde estás señora mia, que no te duele mi mal? ó no lo sabes señora, ó eres falsa y desleal. Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen: O noble Marqués de Mantua, mi tio y señor carnal. Y quiso la suerte, que cuando llegó á este verso, acertó á passar por allí un labrador de su mesmo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el cual viendo aquel hombre alli tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia, que tan tristemente se quejaba? Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua su tio, y assí no le respondió otra cosa, sinó fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que le tenia cubierto de polvo. Y apenas le hubo limpiado cuando le conoció, y le dijo: Señor Quijada (que assí se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia passado de hidalgo sossegado á caballero andante) quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre, ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sossegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Roci-

nante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que don Quijote decia: y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntasse, le dijesse qué mal sentia: y no parece sinó que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucessos; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del Moro Abindarraez, cuando el Alcaide de Antequera, Rodrigo de Nárvaez, le prendió y llevó cautivo á su Alcaidia. De suerte, que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mesmas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mesmo modo que él habia leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose della tan á propósito, que el labrador se iba dando al diablo, de oir tanta máquina de necedades. Por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priessa á llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Narvaez, ni el Marqués de Mantua, sinó Pedro Alonso su vecino: ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sinó el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió don Quijote, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sinó to-

dos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas, y en otras semejantes, llegaron al lugar á la hora que anochecia: pero el labrador aguardó á que fuesse algo mas de noche, porque no viessen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada: y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: Qué le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assí se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor? seis dias ha que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: desventurada de mi, que me doy á entender, y assí es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse caballero andante, é irse á buscar las aventuras por essos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que assí han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mesmo, y aun decia mas: Sepa, señor Maese Nicolás (que este era el nombre del Barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras, dos dias con sus noches, al cabo de los cuales, arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro Gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla,

y bebíasse luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sossegado, diciendo que aquella agua, era una prociosíssima bebida, que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuessen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el Cura, y á fé que no se passe el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y assí comenzó á decir á voces: Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marqués de Mantua que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo, y tio, que aun no se habia apeado del jumento, porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere possible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mira en hora maza, dijo á este punto el ama, si me decia á mi bien mi corazon, del pié que cojeaba mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga essa Urganda le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna: y él dijo que todo era

molimiento, por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez Jayanes, los mas desaforados y atrevidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el Cura, Jayanes hay en la danza: Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa, sinó que le diessen de comer y le dejassen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose assí, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á don Quijote: él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner más desseo en el Licenciado, de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el Barbero Maese Nicolás, con el cual se vino á casa de don Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual aun todavía dormia. Pidió las llaves (á la sobrina) del aposento, donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños: y assí como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priessa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tie-

nen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del ama, y mandó al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego, y sinó llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama; tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el Cura: valiente y discreto escrutinio. Parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y orígen deste: y assí me parece, que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el Barbero, que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y assí como á único en su arte, se debe perdonar. Assí es verdad, dijo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos essotro que está junto á él. Es, dijo el Barbero, Las Sergas de Esplandian, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad, señora ama, abrid essa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo assí el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que

le amenazaba. Adelante, dijo el Cura. Este que viene, dijo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la Reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y á sus Eglogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De esse parecer soy yo, dijo el Barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues assí es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. Quién es esse tonel, dijo el Cura? Este es, respondió el Barbero, Don Olivante de Laura. El autor de esse libro, dijo el Cura, fué el mesmo que compuso á Jardin de flores, y en verdad que no sepa determinar, cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir, que este irá al corral, por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dijo el Barbero. Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura, pues á fé que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella: y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es El Caballero Platir, dijo el Barbero. Antiguo libro es esse, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica, y assí fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título, El Caballero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele decir, tras la Cruz está el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dijo: Este es Espejo de caballe-

rías. Ya conozco á su merced, dijo el Cura, ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el Cristiano Poeta, Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno: pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traido á España, y hecho Castellano, que le quitó mucho de su natural valor: y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, esceptuando á un Bernardo del Carpio que anda por ahí, y á otro llamado Roncesvalles, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada: por entender que era el Cura tan buen Cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era Palmerin de Oliva, y junto á él estaba otro que se llamaba Palmerin de Inglaterra. Lo cual visto por el Licenciado, dijo: Essa Oliva se haga lue-

go rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas: y essa Palma de Inglaterra se guarde, y se conserve, como á cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno: y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son boníssimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer (señor Maese Nicolás) que este y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el Barbero, que este que aquí tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necessidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les dá término ultramarino, y como se enmendaren, assí se usará con ellos de misericordia ó de justicia: y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el Barbero; y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sinó á quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela, por grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: Historia del famoso

caballero Tirante el Blanco. Válame Dios, dijo el Cura, dando una gran voz, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de passatiempos. Aquí está don Quirieleison de Montalvan, valeroso caballo, y su hermano Tomás de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte; con estas cosas, de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo esso os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida: Llevadle á casa, y leedle, y vereis que es verdad cuanto del os he dicho. Assí será, respondió el Barbero; pero qué haremos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sinó de Poesía: y abriendo uno, vió que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mesmo género): Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen, ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero. Ay señor, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no seria mucho, que habiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caballeresca, leyendo estos, se le antojasse de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando y tañiendo: y lo que seria peor, hacerse Poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pega-

diza. Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sinó que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada: y casi todos los versos mayores, y quedésele en hora buen la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el Barbero, es la Diana llamada Segunda, del Salmantino, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados, al corral: y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante, señor compadre, y démonos prissa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el Barbero abriendo otro, Los diez libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, Poeta Sardo. Por las órdenes que recebí, dijo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como esse no se ha compuesto: y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo: y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamás cosa de gusto: Dádmele acá, compadre, que aprecio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió, diciendo: Estos que se siguen, son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares, y Desengaños de zelos. Pues no hay mas que hacer, dijo el Cura, sinó entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene, es El Pastor de Fílida. No es esse pastor, dijo el Cura, sinó muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este

grande que aqui viene, se intitula, dijo el Barbero, Tesoro de varias Poesías. Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor de esse libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye: y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero qué libro es esse que está junto á el? La Galatea de Miguel de Cervantes, dijo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio este Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que este se vé, tenedle recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: La Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y el Moserrato de Cristóbal de Virves, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heróico, en lengua Castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de Poesía que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y assí á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemassen: pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba Las Lágrimas de Angélica. Lloráralas yo, dijo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubie-

ra mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fué felicíssimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces don Quijote, diciendo: Aquí, aquí valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se passó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban: y assí se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oidos, La Carolea y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban: y quizá si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto, como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sossegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: Por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas, ni mas, llevar la vitoria deste torneo á los caballeros Cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compa-

dre, dijo el Cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana: y atienda vuestra merced á su salud por agora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo don Quijote, pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ven que yo solo soy el opuesto de sus valentías: mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos, y por agora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo ansí, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa: y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpétuos archivos, mas no lo permitió su suerte, y la pereza del escrutiñador, y assí se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murassen y tapiassen el aposento de los libros, porque cuando se levantasse, no los hallasse, quizá quitando la causa, cessaría el efecto; y que dijessen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y assí fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó don Quijote, y lo primero que hizo, fué ir á ver sus libros: y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba á donde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra: pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su

ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? ya no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sinó un encantador que vino sobre una nube una noche, despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo, y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien, á mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo don Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Assí es, dijo don Quijote, que esse es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede, y mándole yo, que mal podrá él contradecir, ni evitar lo que por el cielo está ordenado. Quién duda eso? dijo la sobrina, pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en essas pendencias? no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡Oh sobrina mia! respondió don Quijote, y cuán mal que estás

en la cuenta, primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias passó graciosíssimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero: sobre que él decia, que la cosa de que mas necessidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitasse la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque sinó guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él, y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote, que se dispusiesse á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganasse en quítame allá essas pajas, alguna Insula, y le dejasse á él por gobernador della. Con estas promesas, y otras tales, Sancho Panza, que assí se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos, y assentó por escudero de su vecino. Dió luego don Qnijote órden en buscar dineros: y vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse assí mesmo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargó que llevasse alforjas; é dijo que sí llevaría, y que ansí mesmo

pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevasse, con propósito de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topasse. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscassen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, con mucho desseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos, de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella; porque ellos al-

gunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos de marqués de algun valle ó provincia de poco mas á menos: pero si tú vives, y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganasse yo tal reino, que tuviesse otros á él adherentes, que viniessen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. De essa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuesse rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa Panza, mi oíslo, vendria á ser reina, y mis hijos infantes. Pues quién lo duda? respondió don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviesse Dios reinos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió don Quijote, que él dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar. Tan loco estaba ya el criado como el amo.

CAPITULO VIII.

Del buen sucesso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucessos dignos de felice recordacion.

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo: y assí como don Quijote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á dessear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Qué Gigantes, dijo Sancho Panza? Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son Gigantes, sinó molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran Gigantes, que ni

oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del Gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriessen, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle, á todo el correr de su asno: y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. Válame Dios! dijo Sancho, no le dije yo á vuestra merced que mirasse bien lo que hacia, que no eran sinó molinos de viento, y no lo podia ignorar, sinó quien llevasse otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió don Quijote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es assí verdad, que aquel sabio Freston que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba: y hablando en la passada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, por-

que allí decia don Quijote, que no era possible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy passagero, sinó que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: Yo me acuerdo haber leido, que un caballero Español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y assí él como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado, de haber merecido venir á vellas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo assí como vuestra merced lo dice, pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida. Assí es la verdad, respondió don Quijote, y sinó me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella. Si esso es assí, no tengo yo que replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí se decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes, esso del no quejarse. No se dejó de reir don Quijote de la simplicidad de su escudero, y assí le declaró que podia muy bien quejarse, como y cuando quisiesse, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho, que mirasse que

era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacia menester, que comiesse él cuando se le antojasse. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo, muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promessa que su amo le hubiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sinó por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la passaron entre unos árboles: y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea: por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros passaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passó ansí Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda: y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descu-

brieron. Aquí (dijo en viéndole don Quijote) podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito, ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas, que yo de mio me soy pacífico, y enemigo de meterme en ruidos, ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con essas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió don Quijote, pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que assí lo haré, respondió Sancho, y que guardaré esse preceto, tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venia un coche, con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora Vizcaina que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que passaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo á su escudero: Ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí pa-

recen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: Mire señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente passagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás: y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podrian oir lo que dijesse, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en esse coche llevais forzadas, sinó aparejaos á recebir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, assí de la figura de don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sinó dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo don Quijote, y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, sinó cayera muerto. El segundo religioso que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á

él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle, que por qué le desnudaba? Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado, y sin color en el rostro: y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado sucesso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante, y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi habeis recebido, no quiero otra cosa, sinó que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaino, el cual viendo que no queria dejar passar el coche adelante, sinó que decia que luego habia de dar la vuelta al To-

boso, se fué para don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua Castellana, y peor Vizcaina, desta manera: Anda caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que sinó dejas coche, assí te matas como estás ahi Vizcaino. Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sossiego le respondió: Si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el Vizcaino: Yo no caballero: Juro á Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas: Vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió don Quijote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaino que assí le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa, sinó sacar su espada: pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decia el Vizcaino en sus mal trabadas razones, que sinó le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbasse. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviasse de alli algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la cual, dió el Vizcaino una gran cuchillada á don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado

golpe, dió una gran voz, diciendo: O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El Vizcaino que assí le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote: y assí le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto Vizcaino, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcaino le aguardaba ansí mesmo, levantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos, y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche, y las demás criadas suyas, estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librasse á su escudero, y á ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto, y término, deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose, que no halló mas escrito de estas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuviesse entregada á las leyes del olvido, ni que hubiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviessen en sus archivos, ó en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso caballero tratassen, y assí con esta imaginacion, no se desesperó

de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sinó que estaban amenazando al cielo, á la tierra, y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino: el cual fué dado con tanta fuerza, y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sinó que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, sinó se abrazara con el cuello: pero con todo esso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sossiego miran-

do don Quijote: y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiesse, sinó que le cortaria la cabeza. Estaba el Vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra, y él lo passara mal, segun estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran á donde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciesse tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis, mas ha de ser con una condicion y concierto: y es, que este caballero, me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuesse, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fé de essa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

SEGUNDA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaino y al famoso don Quijote, con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa impossible, y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiesse faltado algun sabio que tomara á cargo el escrebir sus nunca

vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sinó que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuessen. Y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltasse á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y assí no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiesse quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas: el cual, ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como Desengaño de zelos, y Ninfas y pastores de Henares, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso, y desseoso de saber real y verdaderamente, toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas; y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte y de valle en valle: Que si no era que algun follon, ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura, como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallar-

do Quijote, de contínuas y memorables alabanzas: y aun á mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el passatiempo y gusto que podrá tener, el que con atencion la leyere. Passó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un escudero, y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y víle con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyesse: y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi desseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reia? y respondióme, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijesse, y él sin dejar la risa, dijo. Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha. Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quijote. Con esta imaginacion, le dí priessa que leyesse el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: Historia de don

Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. Mucha discrecion fué menester para dissimular el contento que recebí, cuando llegó á mis oidos el título del libro: y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios, por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los desseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el cláustro de la Iglesia Mayor, y roguéle me volviesse aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua Castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiesse. Contentóse con dos arrobas de passas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda, del mesmo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el Vizcaino, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada; y la mula del Vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el Vizcaino un título que decia: Don Sancho de Azpeitia, que sin duda debia de ser su nombre: y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: Don Quijote. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno: á los piés del cual estaba otro rótulo que decia: Sancho Zancas, y debia de ser que tenia,

á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas: y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra, sinó haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y assí me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma, en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales y verdaderos, y no nada apassionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rencor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo passado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á dessear en la mas apacible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto.

CAPITULO X.

De lo que mas le avino á don Quijote con el Vizcaino.

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuesse servido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna ínsula de donde le hiciesse gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiesse se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó, y le dijo: Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberlo gobernar, tal y tan bien, como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió don Quijote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura y la á esta semejantes, no son aventuras de ínsulas, sinó de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sinó mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á passo tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho

á todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardasse. Hízolo assí don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegasse su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fé que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo don Quijote, y dónde has visto tú ó leido jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiesse cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tú visto más valeroso caballero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leido en historias otro que tenga, ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamás, porque ni sé leer, ni escrebir: mas lo que osaré apostar, es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo esto fuera bien escusado, respondió don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsa-

mo de Fierabras, que con sola una gota, se ahorrarán tiempo y medicinas. Qué redoma, y qué bálsamo es esse, dijo Sancho Panza? Es un bálsamo, respondió don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, cuando yo le haga, y te le dé, no tienes mas que hacer, sinó que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente, y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásmes quedar mas sano que una manzana. Si esso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sinó que vuestra merced me dé la receta de esse extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza á donde quiera, mas de á dos reales, y no he menester yo mas para passar esta vida, honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle? Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñarmele? Calla, amigo, respondió don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento: mas cuando don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al criador de todas las cosas, y á los santos cuatro Evangelios, donde mas

largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos; que fué, de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expressadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, sinó comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió don Quijote, y assí anulo el juramento, en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza: pero hágole, y confírmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada, tal, y tan buena como esta, á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que assí á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo passó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: Sinó dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, qué hemos de hacer? háse de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sinó arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en esso,

dijo don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca, á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé esso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios, que me vá doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla, y un poco de queso, y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho, pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió don Quijote; hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiessen, sinó era á caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás dias se los passaban en flores. Y aunque se deja entender, que no podian passar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, San-

cho amigo, no te congoje lo que á mi me dá gusto, ni querrás tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé si he caido en las reglas de la profession caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero: y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sinó essas frutas que dices, sinó que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer essas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de esse conocimiento. Y sacando en esto, lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priessa por llegar á poblado antes que anocheciesse: pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que desseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y assí determinaron de passarla allí: que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto possesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.

FUE recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban, y aunque él quisiera en aquel mesmo punto, ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priessa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia: habiendo primero con grosseras ceremonias rogado á don Quijote que se sentasse sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: Porque veas Sancho el bien que en sí encierrra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato, y bebas donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. Gran merced, dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuvisse bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mas solas, como

sentado á par de un Emperador. Y aun si voy á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Assí que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho que estas (aunque las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza, y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto dél se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tassajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío) como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: Dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sinó porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de

tuyo y mio. Eran en aquella santa edad todas las cossas comunes, á nadie era necessario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles, formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcíssimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la posseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sinó de algunas hojas de verdes lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella les con-

cebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osassen turbar ni ofender los del favor y los del interesse, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encage aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia qué juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento les menoscabassen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque allí por los resquicios, ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agassajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural, están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavia, por saber que sin saber vosotros esta obligacion, me acojistes y regalastes, es razon, que con la voluntad á mi possible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada: y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando.

Sancho, assí mesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar don Quijote, que en acabarse la cena: al fin de la cual, uno de los cabreros dijo: Para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agassajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí: el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que dessear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que si, el que habia hecho los ofrecimientos, le dijo: De essa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres y nos saques verdaderos: y assí te ruego, por tu vida, que te sientes y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olaya, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho

Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.
Bien es verdad, que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches,
Y honestíssimos desvios,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
Mi fé, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido:
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lúnes
Lo que me honraba el Domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,

Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un gimio.
Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse,
Volvió por ella su primo,
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu el cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sinó para Capuchino.

CON esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque don Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que

para oir canciones. Y assí dijo á su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego á donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensas de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profession, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba. Y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviesse pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, assegurándole, que no habia menester otra medicina, y assí fué la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: Sabeis lo que passa en el lugar, compañeros? Cómo lo podemos saber? respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de

aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por essos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandó en su testamento, que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y él dicen que lo dijo, aquel lugar es á donde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas á lo que se dice en fin, se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa, á donde tengo dicho. Y tengo para mí, que ha de ser cosa muy de ver, á lo menos, yo no dejaré de ir á verla, si supiesse no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo, aunque no será menester usar de essa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sinó á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me passó este pié. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quijote rogó á Pedro le dijesse, qué muerto era aquel, y qué pastora aquella. A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar, con opinion de muy sabio y

muy leido. Principalmente decian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que passan allá en el cielo el sol y la luna: porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse essos dos luminares mayores, dijo don Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: Assí mesmo adevinaba, cuando habia de ser el año abundante ó estíl. Estéril quereis decir, amigo, dijo don Quijote. Estéril ó estíl, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo: en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada: el que viene será de guilla de aceite: los tres siguientes no se cogerá gota. Essa ciencia se llama Astrología, dijo don Quijote. No sé yo como se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca cuando un dia remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor, otro su grade amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de ha-

cienda, ansí en muebles, como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje, no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados, en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza, quizá, y aun sin quizá, no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que Sarna. Decid Sarra, replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada passo los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad, amigo, dijo don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna, á Sarra, os lo dije, pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sinó que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guiller-

mo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tio suyo sacerdote, y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de passar la de la hija. Y assí fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se extendió de manera, que assí por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sinó de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diesse por mujer. Mas él (que á las derechas es buen Cristiano) aunque quisiera casarla luego, assí como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fé que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo, que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Assí es la verdad, dijo don Quijote; y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia. La del Señor no me falte; que es la que hace al caso. Y en lo demás sabreis, que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casasse, y escogiesse á su gusto, jamás ella respondió

otra cosa, sinó que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba que entrasse algo mas en edad y ella supiesse escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y assí como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por essos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian, que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato: antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion, hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura, atrae los corazones de los que

la tratan, á servirla y á amarla: pero su desden y desengaño, los conduce á términos de desesperarse: y assí no saben qué decirle, sinó llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviéssedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles, con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno, una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay, que passa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos, embebecido y trasportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana. Y cual hay, que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos, y de estos, libre y desenfadadamente, triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y assí os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar, á aquel donde manda enterrar-

se, media legua. En cuidado me lo tengo, dijo don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado, con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Oh! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topássemos en el camino algun pastor que nos los dijesse: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entrasse á dormir en la choza de Pedro. Hízolo assí, y todo lo mas de la noche se la passó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sinó como hombre molido á coces.

CAPITULO XIII.

Donde se dá fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos.

MAS á penas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á don Quijote, y á decille si estaba todavia con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no desseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillasse y enalbardasse al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no

hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano. Venian con ellos assí mesmo dos gentiles-hombres de acaballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que les acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente; y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y assí comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos, en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, assí del muerto pastor, como de la pastora homicida. Assí me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles don Quijote, qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera, que uno de ellos se lo contó: contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á don Quijote habia contado. Cessó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo, á don Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? A lo cual respondió don Quijote: La profession de mi ejercicio, no consiente ni permite

que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales, yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco. Y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que qué queria decir caballeros andantes? No han vuestras mercedes leido, respondió don Quijote, los anales é historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun, en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sinó que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar, y á cobrar su reino y cetro. A cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este, haya ningun inglés muerto cuervo alguno. Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa órden de caballería, de los caballeros de la Tabla Redonda, y passaron sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan, de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de: Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino. Con aquél progresso tan dulce y tan suave, de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándodose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos y nietos, has-

ta la quinta generacion; y el valeroso Felixmarte de Hircania; y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros dias, vimos y comunicamos, y oimos al invencible y valeroso caballero don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la órden de su caballería. En la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profession, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos professo yo: y assí me voy por estas soledades y despoblados, buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona, á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por passar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que passasse mas adelante con sus disparates. Y assí le dijo: Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha professado una de las mas extrechas professiones que hay en la tierra: y tengo para mí, que aun la de los frailes Cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quijote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero decir,que los religiosos, con toda paz y sossiego piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caballeros, ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos

de nuestras espadas. No debajo de cubierta, sinó al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados hielos del Invierno. Assí, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecucion, sinó sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposo, están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sinó que los caballeros andantes passados, passaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fé que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanzas. De esse parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es: Que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada Cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes, antes se encomiendan á sus damas, con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió don Quijote, esso no puede ser menos en nin-

guna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciesse, que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuviesse su señora delante, vuelva á ella los ojos, blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende: y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leido, que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro, es, que el uno cae por las ancas del caballo, passado con la lanza del contrario de parte á parte; y al otro le viene tan bien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo, como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia, y estaba obligado como Cristiano. Cuanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tiene damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondió don Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamora-

dos, como al cielo tener estrellas. Y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuviesse sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sinó por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sinó por las bardas, como salteador y ladron. Con todo esso, dijo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) haber leido, que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro don Quijote: Señor, una golondrina sola no hace Verano. Cuanto mas, que yo sé que de secreto estaba esse caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien, que él tenia una sola, á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo, y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de essencia que todo caballero andante haya de ser enamorado (dijo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida y servida, de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro don Quijote, y dijo: Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga, gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo, solo sé decir (respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea,

su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los impossibles y quiméricos atributos de belleza, que los Poetas dan á sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes, alabastro su cuello; mármol su pecho, marfil sus manos; su blancura nieve: y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad, son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia, querríamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió don Quijote: No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos: ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia: Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido, hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Cómo esso no habrá llegado? replicó don Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos: y aun hasta los mesmos cabreros y

pastores, conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Solo Sancho Panza, pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre, ni tal princesa, habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció, eran cual de tejo, y cual de ciprés. Entre seis dellos, traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: Aquellos que allí vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo; y el pié de aquella montaña, es el lugar donde él mandó que le enterrassen. Por esto se dieron priessa á llegar, y fué á tiempo, que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo: y cuatro dellos, con agudos picos, estaban cabando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente: y luego don Quijote y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Alrededor dél, tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos y cerrados. Y assí los que esto miraban, como los que habrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio. Hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en

su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano: y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado: y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositassen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á don Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: Esse cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tassa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoro, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida. A la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes: cual lo pudieran mostrar bien essos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y cueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó

en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto: antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están porvenir, á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia, se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fé de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y assí de curiosidad, y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos, lo que tanto nos habia lastimado en oillo: y en pago desta lástima y del desseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ¡oh discreto Ambrosio! á lo menos yo te lo suplico, de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban, viendo lo cual Ambrosio dijo: Por cortesía, consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado, pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que desseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: Cancion desesperada. Oyólo Ambrosio, y dijo: Esse es el último papel que escribió el des-

dichado, y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leedle de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenian el mesmo desseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que assí decia:

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza:
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados, por mayor tormento,
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sinó al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable

Baladro de algun mónstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son, de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas.
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
O á donde el sol jamás mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libre llano.
Que puesto que en los páramos desiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia,
O verdadera ó falsa una sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta, inevitable muerte;
Mas yo (milagro nunca visto) vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
No yo desesperado la procuro,
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer? ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad, vuelta en mentira?
O en el reino de amor, fieros tiranos
Zelos, ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga,
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen sucesso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía:
Diré, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,

Y que en fé de los males que nos hace
Amor, su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre, que el fin mio fué tu fiesta,
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pue se que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja,
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,

Con otras mil quimeras y mil mónstruos
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes,
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo, que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que, señor, os satisfagais dessa duda, es bien que sepais, que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance: assí le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la mesma envidia, ni debe, ni puede ponerle falta alguna. Assí es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les

ofreció á los ojos: y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que passaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio: y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado, le dijo: Vienes á ver por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida? O vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O á ver desde essa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo, jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que aun el muerto te obedezca en los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sinó á volver por mí misma, y á dar á entender, cuan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y assí ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura. Y por el amor que me mostrais, decis, y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanzo, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar

á quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por esso han de correr iguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen y rindiessen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos. Y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto assí, como yo creo que lo es, por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no decidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas, que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assí como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza; tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta, es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y la virtudes, son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias, procura que la pierda? Yo nací libre, y para

poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos, mis espejos: con los árboles y con las aguas, comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfia que mi crueldad. Y si se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo: que cuando en esse mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo, que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, qué mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado; desesperó sin ser aborrecido; mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado; desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas; confíesse el que yo llamare; ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel, ni homicida, aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es excusado. Este general desengaño, sirva á cada uno de los que me solicitan, de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos, que los

desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida; ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado desseo, por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, por qué ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie. No engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion, como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual, visto por don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces, dijo: Ninguna persona de cualquier estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado

con claras y suficientes razones, la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán agena vive de condescender con los desseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuesse por las amenazas de don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyessen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruessa peña, en tanto que se acababa una losa, que segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.
Si él enseñara dinero
Hallara dos mil mujeres
Que le hicieran mil placeres.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos: y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero; y don Quijote se despidió de

sus huéspedes, y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniesse con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiesse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sinó tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino; en el cual no les faltó de qué tratar, assí de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de don Quijote: el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

TERCERA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que assí como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo; él y su escudero, se entraron por el mesmo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela. Y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco; tanto que convidó y forzó á passar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, se-

guro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicianas, de unos arrieros yangüeses: de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua. Y aquel donde acertó á hallarse don Quijote, era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues, que á Rocinante le vino en desseo de refocilarse con las señoras facas: y saliendo assí como las olió de su natural passo y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotico algo picadillo, y se fué á comunicar su necessidad con ellas. Mas ellas, que á lo que pareció, debian de tener mas gana de pacer que de él, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota. Pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quijote y Sancho (que la paliza de Rocinante habian visto) llegaban ijadeando. Y dijo don Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sinó gente soez y de baja ralea: Dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza, del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros, sinó uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó don Quijote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada, y arremetió á los yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo. Y á las primeras, dió don Quijote

una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á don Quijote, sin que le valiesse su destreza y buen ánimo. Y quiso su ventura, que viniesse á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor don Quijote! ah señor don Quijote! Qué quieres, Sancho hermano? respondió don Quijote, con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querría, si fuesse possible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diesse dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahi á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, qué nos faltaba? respondió don Quijote: Mas yo te juro Sancho Panza, á fé de caballero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir (dijo el molido caballero don Quijote) que no sabré poner término á esos dias: Mas yo me tengo la culpa

de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuessen armados caballeros como yo. Y assí creo, que en pena de haber passado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las Batallas que se me diesse este castigo: por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sinó pon tú mano á tu espada, y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa, acudieren caballeros, yo te sabré defender, y ofendellos con todo mí poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta á donde se extiende el valor de este mi fuerte brazo. (Tal quedó de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcaino). Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejasse de responder, diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sossegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar. Assí, que séale á vuestra merced tambien aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero. Y que desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer: ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero: sin eceptuar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llevándonos las velas del desseo,

para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, qué seria de tí, si ganándola yo, te hiciesse señor della? pues lo vendrás á impossibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber, que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y assí es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento y esse valor que vuestra merced dice: mas yo le juro á fé de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta, y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas: y que no hay cosa segura en esta vida. Quién dijera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia. Y sinó fuesse porque imagino (qué digo imagino) sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al

ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí, que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras: y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar agora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su brazo, han subido á los altos grados que he contado. Y estos mesmos, se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula, se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado, que le dió, teniéndole preso, mas de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los piés, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo: y sinó fuera socorrido en aquella gran cuita, de un sábio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las que ahora nosotros passamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que

se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos. Y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expressas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (á lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron á mi lugar, respondió Sancho, á que mirasse en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo á donde ahora yago, y á donde no me da pena alguna, el pensar si fué afrenta ó no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber, hermano Panza, replicó don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate desso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió don Quijote, que assí haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse desso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante. De lo que yo me maravillo es de que mi jumen-

to haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas, dijo don Quijote. Dígolo, porque essa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la Risa, cuando entró en la ciudad de las Cien Puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho: pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravessado como costal de basura. A lo cual respondió don Quijote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. Assí que, Panza amigo, no me repliques mas, sinó como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes, el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Esso es, dijo don Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y uno destos fué Amadis, cuando llamándose Beltenebros, se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como á Roci-

nante. Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien habia andado algo destraido con la demasiada libertad de aquel dia.) Levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con qué quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante: y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á menos hácia donde le pareció que podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de don Quijote, habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sinó castillo: y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

EL ventero, que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, qué mal traia. Sancho le respondió, que no era nada, sinó que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen

tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos: y assí acudió luego á curar á don Quijote, é hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudasse á curar á su huésped. *Servia en la venta assí mesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas.* No tenia cinco palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á don Quijote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años: en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro don Quijote. Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sútil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quijote: y luego la ventera y su hija, le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que assí se llamaba la asturiana. Y como al bizmalle viesse la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo, que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sinó que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal. Y tambien le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden

algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. Dessa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sinó que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser esso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sinó estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote. Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. Qué es caballero aventurero? replicó la moza. Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador. Hoy está la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sinó un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de

España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria, el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que assí las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron. Y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le habia dado su palabra, de que en estando sossegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandasse. Y cuéntase desta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliesse, aunque las diesse en un monte y sin testigo alguno: porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella, que desgracias y malos sucessos, la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho

de don Quijote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de angeo tundido, que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor de esta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas: y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso passar en silencio. De donde podrán tomar ejemplo los historiados graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del conde Tomillas, ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal, ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia, de los sucessos que á cada passo se cuentan en los libros, autores de su des-

gracia, le trujo á la imaginacion una de los extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero, lo era del señor del castillo; la cual vencida de su gentileza, se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendria á yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera (que él se habia fabricado) por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver. Y propuso en su corazon, de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma reina Ginebra con su dama Quintañona, se le pussiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados passos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó á la puerta, cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando, iba con las manos delante, buscando á su querido. Topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí (sin que ella ossase hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finíssimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidíssimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mes-

mo sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginacion, de la misma traza y modo que lo habia leido en sus libros de la otra princesa, que vino á ver el mal ferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero. Antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó á decir: Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho, pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir á los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade á esta impossibilidad otra mayor, que es la prometida fé que tengo dada, á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos. Que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadíssima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos desseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió: estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiesse faltado á la palabra por otro,

se fué llegando mas al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender. Pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés, mas que de trote, se las passeó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: Adonde estás puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho, con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando á don Quijote, acudió á dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con

intencion diferente; porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y assí como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo; daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priessa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual oyendo assí mesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cessaba de decir: Favor á la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha, reforzó la voz diciendo: Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho, no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque el ventero, de industria, habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir

á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza passaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes habia contestado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: Sancho amigo, duermes? Duermes, amigo Sancho? Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sinó que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer assí sin duda, respondió don Quijote: porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago, Sancho, respondió don Quijote, que me querrías ver muerto con tanta brevedad? No es por esso, respondió Sancho, sinó porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo don Quijote, que

mas fio de tu amor y de tu cortesía; y assí has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. Qué te podría decir del adorno de su persona? Qué de su gallardo entendimiento? Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fé que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré passar intactas y en silencio? Solo te quiero decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcíssimos y amorosíssimos coloquios, sin que yo la viesse ni supiesse por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y assentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, que por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella, le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor: cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo qué tuve, sinó los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor

parte. Luego tambien estás tu aporreado? respondió don Quijote. No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo don Quijote, que yo haré agora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y assí como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa, y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: Señor, si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió don Quijote, pero no es bastante indicio esse para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sossegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: Pues, cómo va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió don Quijote, si fuera que vos. Úsase en esta tierra hablar dessa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado, y como todo quedó á escuras, salióse luego. Y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Assí es, respondió don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni eno-

jo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque mas lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huessos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido, por los manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso. Y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos: y lo que él pensaba que era sangre, no era sinó sudor que sudaba con la congoja de la passada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos, y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Ave Marías, Salves y Credos, y á cada palabra

acompañaba una cruz, á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero, y cuadrillero, que ya el arriero sossegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y assí se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ánsias y agitacion del vómito, le dió un sudor copiosíssimo, por lo cual mandó que le arropassen y le dejassen solo. Hiciéronlo assí, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadíssimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podia acometer desde allí adelante sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuessen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diesse á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él tomándola á dos manos, con buena fé y mejor talante, se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y assí primero que vomitasse le dieron tantas ánsias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora: y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole assí don Quijote, le dijo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero: porque tengo para mí, que este

licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si esso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, para qué consintió que lo gustasse? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á dessaguarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sinó todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sinó tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo: y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo: y assí forzado deste desseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escuderó, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno. Púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba, para que le sirviesse de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que passaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas; á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo. Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he

recebido, y quedo obligadíssimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sinó valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sinó decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo sossiego: señor caballero, yo no tengo necessidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, assí de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? replicó don Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo: pero pues es assí que no es castillo sinó venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdonais por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa, en venta donde estuviessen. Porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esso, respondió el ventero, págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra

cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió don Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviesse; y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que sinó le pagaba, que lo cobraria de modo que le pessase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar del los escuderos de los tales, que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta, se hallassen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al coral, que tenia por límite el cielo. Y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba, fueron tantas, que llegaron á

los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar. Pero no hubo llegado á las paredes del corral (que no eran muy altas) cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y assí desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es possible acertar á escrebillos, mas no por esto cessaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban. Y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y assí se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará; ves aquí tengo el santíssimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme á mí. Y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber, todo fué uno: mas como al primer trago vió que

era agua, no quiso passar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujesse de vino; y assí lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto, se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y lejos de cristiana. Assí como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia: mas Sancho no las echó menos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta assí como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que passó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo, marchito y desmayado, tanto, que no podia arrear á su jumento. Cuando assí le vió don Quijote, le dijo: Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta, es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, qué podian ser sinó fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué possible subir por ellas, ni menos

pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fé de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, sinó fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necessidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sinó hombres de carne y de huesso, como nosotros; y todos segun los oí nombrar, cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Assí que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto, es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cual es nuestro pié derecho. Y lo que sería mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondió don Quijote, de achaque de caballería, calla y ten paciencia, que dia vendrá, donde veas por vista de ojos, cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio. Sinó dime, qué mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno

sin duda alguna. Assí debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé. Solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número) jamás hemos vencido batalla alguna, sinó fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos, que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Essa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió don Quijote: pero de aquí adelante, yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo, no le puedan hacer ningun género de encantamentos. Y aun podria ser que me deparasse la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba El Caballero de la Ardiente Espada, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando esso fuesse, y vuestra merced viniesse á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas esso, Sancho, dijo don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espessa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: Este es el dia, ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar

tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosíssimo ejército, que de diversas é innumerables gentes, por allí viene marchando. A essa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta assí mesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que assí era la verdad: y alegrándose sobre manera, pensó sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucessos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle. Señor, pues qué hemos de hacer nosotros? Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues porqué se quieren tal mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondio don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapo-

lin, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, sinó deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En esso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza esso, respondió Sancho: Pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora. Assí es verdad, dijo don Quijote, lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante, no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo ansí y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso

Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro, en campo leonado, con una letra que dice Miau, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe: El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique: el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños, á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice assí: Rastrea mi suerte. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros, del uno y del otro escuadron, que él se imaginaba: y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: A este escuadron frontero, forman y hacen gentes de diversas naciones; aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finíssimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pac-

tolo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los què en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino. Finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto, á lo menos yo no los veo, quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Cómo dices esso? respondió don Quijote. No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No

oigo otra cosa, respondió Sancho, sinó muchos balidos de ovejas y carneros: y assí era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas. Porque uno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase, desdichado del padre que me engendró, ¡qué locura es esta! Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros; ni veros azules ni endiablados: qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por essas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: Ea caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello, pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: ¿A dónde estás, soberbio Alifanfaron? vente á mí, que un caballero solo soy, que dessea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso

Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costilllas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á á echar licor en el estómago; mas antes que acabasse de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto. Y assí con mucha priessa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que passaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: No le decia yo, señor don Quijote, que se volviesse, que los que iba á acometer no eran ejércitos sinó manadas de carneros? Como esso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales, hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejándose de

aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te les pinté primero. Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan acerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí, mas recio que una escopeta, cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sinó el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiesse el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levántose en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabassen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuésse á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: Sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace

mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Assí que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. Cómo no? respondió Sancho: por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas, Sancho? dijo don Quijote. Si que me faltan, respondió Sancho. Desse modo no tenemos que comer hoy, replicó don Quijote. Esso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo esso, respondió don Quijote, tomara yo ahora mas aina un cuartal de pan, ó una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua. Y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador, que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo don Quijote, porque caballero andante hubo en los passados siglos, que assí se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado

por la universidad de París: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea assí como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios hijo, dijo don Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos: pero dame acá la mano y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro sinó eran cinco, respondió don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante. Mas á todo esto estamos sujetos los que professamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al passo que quisieres. Hízolo assí Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por

allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sossegar ni atender á darsse priessa, quiso Sancho entretenelle y divertille diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho passaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo, de no comer pan á manteles, ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo don Quijote. Mas para decirte verdad, ello se me habia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta: pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de caballería para todo. Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo don Quijote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro: y por sí ó por nó, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es

assi, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas, les tomó la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiessen: y lo que no habia de bueno en ello, era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fué que la noche cerró con alguna oscuridad, pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas, de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sinó estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y don Quijote, no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su Rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian. A cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á don Quijote. El cual, animándose un poco, dijo: Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandíssima y peligrosíssima aventura, donde será necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si á caso esta aventura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa: que

si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo esso, replicó don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser: y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana: y creció mas el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos: detrás de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sossiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí, con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo: y assí fuera en cuanto á don Quijote, que ya Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada: y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente

se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de passar; y cuando los vió cerca alzó la voz, y dijo: Deteneos, caballeros, ó quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois; de dónde venis; á dónde vais; qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene, y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priessa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno, dijo: Deteneos, y sed mas bien criados, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sinó conmigo sois todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los piés dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra: y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sinó que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y assí con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sinó á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados assimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover: assí que muy á su salvo don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal

de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sinó diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver don Quijote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole, que se rindiesse, si no que le mataría. A lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo don Quijote, siendo hombre de Iglesia? Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo don Quijote, sinó me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y assí sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sinó bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, (como digo) llevábamos sus huessos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. Y quién le mató? preguntó don Quijote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Dessa suerte, dijo don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto: pero habiéndole muerto quien le mató, no hay

sinó callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser esso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mi de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida: y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado, de manera, que me quedaré agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió don Quijote, suceden de un mismo modo; el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y assí yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que assí lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, (que tan mal andanza me ha dado) me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo don Quijote, y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniesse, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al

señor bachiller de la opression de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y don Quijote le dijo, que siguiesse la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiesse perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: Si á caso quisieren saber essos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuesta merced, que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama El Caballero de la Triste Figura. Con esto se fué el bachiller, y don Quijote preguntó á Sancho, que qué le habia movido á llamarle El Caballero de la Triste Figura, mas entonces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es esso, respondió don Quijote, sinó que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros passados: cual se llamaba El de la Ardiente Espada: cual El del Unicornio: aquel De las Doncellas: aqueste El del Ave Fénix: el otro El caballero del Grifo: estotro El de la Muerte: y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assí digo, que el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamasses El Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer essa figura, dijo Sancho, sinó lo que se ha de

hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán El de la Triste Figura, y créame, que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor, (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse don Quijote del donaire de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado, y díjole: Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *justa illud, si quis suadente diabolo, &c.* Auque sé bien que no puse la manos, sinó este lanzon: cuanto mas, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sinó á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando esso assí fuesse, en la memoria tengo lo que le passó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey, delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar, como muy honrado y valiente caballero. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviessen á rehacerse y á buscarnos, y nos diessen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sinó

retirarnos con gentil compás de piés; y como dicen, váyasse el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiesse: el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mesmo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal passar) en la acemila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca: y acossados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

De la jamás vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.

NO es possible, señor mio, sinó que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece; y assí será bien que vayamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que

sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna: mas no hubieron andado doscientos passos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crugir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto: y mas cuando vieron, que ni los golpes cessaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba: añadiéndose á todo esto, el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Fran-

cia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del passado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho, con el desseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Assí que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales, sinó volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciessen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes.

Cuanto mas, que yo he oido predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced bien conoce) que quien busca el peligro perece en él: assí que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sinó por milagro; y hasta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande esse duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos: pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. Cómo puedes tú, Sancho, dijo don Quijote, ver dónde hace essa línea, ni dónde está essa boca ó esse colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assí es, dijo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que falta-

re, respondió don Quijote, que no se ha de decir por mi ahora, ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y assí te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiesse: y assí cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sinó á saltos. Viendo Sancho Panza el buen sucesso de su embuste dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces (como dicen) contra el aguijon. Desesperábase con esto don Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sossegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se meneasse, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assí le dijo; Pues assí es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso

de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. A qué llamas apear, ó á que dormir? dijo don Quijote; soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Díjole don Quijote que contasse algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo, que sí hiciera si le dejara el temor de lo que oia, pero con todo esso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo: Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuera á buscar. Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas, no fué assí como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: Y el mal para quien le fuere á buscar, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sinó que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual partor ó ca-

brerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y sinó no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Assí que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo. Luego conocístela tú? dijo don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contasse á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo. Assí que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales, que passaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viessen jamás. La Torralva que se vió desdeñada de Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le habia querido. Essa es natural condicion de mujeres, dijo don Quijote, desdeñar á quien las quie-

re y amar á quien á las aborrece, passa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura para passarse á los reinos de Portugal. La Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde lejos, con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, (segun es fama) un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé que botecillo de mudas para la cara: mas llevasse lo que llevasse, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo. Solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á passar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre; y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le passasse á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas, mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podia caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le passase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y passó una cabra, volvió y passó otra, tornó á volver y tornó á passar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será possible contar mas palabra dél. Sigo pues y digo, que el dessembarcadero de la otra parte, estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passó todas, dijo don Quijote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabarás de passarlas en un año. Cuántas han pasado hasta agora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, res-

pondió don Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviesse buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay passar adelante. Cómo puede ser esso? respondió don Quijote; tan de essencia de la historia, es saber las cabras que han passado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque assí como yo pregunté á vuestra merced, que me dijessè cuantas cabras habian passado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante, se me fué á mi de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fé que era de mucha virtud y contento. De modo, dijo don Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió don Quijote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver, ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cessan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del passaje de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiesse cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuesse cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y desseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él. Mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su

amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era possible, y assí lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que él penso que era lo mas que tenia que hacer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué, que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia. Pero con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que al cabo, al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo don Quijote, y dijo: Qué rumor es esse, Sancho? No sé señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras, nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el passado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegassen á sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dedos, y con tono algo gangoso, dijo: Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho, mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió don

Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sinó vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados passos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió don Quijote. En estos coloquios y otros semejantes, passaron la noche amo y mozo. Mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre (aunque él de suyo no era nada brioso) parece que se resintió y comenzó á dar manotadas, porque corvetas (con perdon suyo) no las sabia hacer. Viendo pues don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiesse aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cessaba, pero no vió quien lo podia causar. Y assí sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardasse tres dias á lo mas largo (como ya otra vez se lo habia dicho) y que si al cabo dellos no hubiesse vuelto, tuviesse por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabassen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviesse pena, porque él habia dejado hecho su

testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiesse servido. Pero que si Dios le sacaba de aquel peligro, sano, y salvo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza, saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrasse flaqueza alguna, antes dissimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandíssimo golpe de agua. Al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear (que aun no cessaba). Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sossegándole don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese; y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos

serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiesse ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche las habia tenido. Y eran (sinó lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enejo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró tambien don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho, pudiesse dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necessidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo Cuatro veces sossegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga: Has de saber, ¡oh Sancho amigo! que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quijote, que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le assentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, sinó fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, con mucha hu-

mildad le dijo: Sossiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió don Quijote. Venid acá, señor alegre, paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? Estoy yo obligado á dicha (siendo como soy caballero) á conocer y destinguir los sones, y saber cuáles son de batan ó no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Sinó, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confiesso que he andado algo risueño en demasía: pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, assí Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, nó ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced, ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: Esse te quiere bien, que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que

le suelen dar tras haberle dado de palos; si ya no es que los caballeros andantes dan, tras palos, ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo don Quijote, que todo lo que dices viniesse á ser verdad; y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamás he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dejo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula Firme. Y se lee dél, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo (more turquesco.) Pues qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero. Assí que desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y sinó llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder (como ya os he dicho). Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho. Pero querría yo saber (por si á caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos?

y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañil. No creo yo, respondió don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sinó á merced. Y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podia suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penasse mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Assí es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan, pudo alborotar y desassossegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis lábios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, sinó fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Dessa manera, replicó don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuessen.

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN ESTO comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assí torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á

poco descubrió don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, por que todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia sería la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querría que fuessen otros batanes que nos acabassen de abatanar y aporrear el sentido. ¡Válate el diablo por hombre! replicó don Quijote, qué vá de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fé que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo don Quijote. Díme, no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sinó un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dijo don Quijote, apártate á una parte y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he

desseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, tornó á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas esso de los batanes, dijo don Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que don Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y assí el barbero del mayor, servia al menor; en el cual tuvo necessidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero y traia una bacía de azofar, y quiso la suerte, que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos. Y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante, le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de passarle de parte á parte. Mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: Defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sinó fue el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr

por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y dijo, que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes, aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzasse el yelmo, el cual tomándola en las manos, dijo: Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí. Y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandíssima cabeza, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. De qué te ries, Sancho? dijo don Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sinó una bacía de barbero pintiparada. Sabes que imagino, Sancho, que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro puríssimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices: pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las Herrerías, para el dios de las Batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

Esso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditíssimo brebaje que me hizo vomitar las assaduras. No me dá mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú Sancho, dijo don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho. Pero si yo le hiciere, ni le probaré mas en mi vida, aquí sea mi hora. Cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sinó encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete, que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. Qué pié sacaste cojo? qué costilla quebrada? qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y passatiempo, que á no entenderlo yo ansí, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena. La cual, si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: por burlas, pues la venganza no puede passar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced, qué haremos deste caballo rucio rodado,

que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás? y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuesse que el vencedor hubiesse perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Assí que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno; verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podria trocar los aparejos siquiera. En esso no estoy muy cierto, respondió don Quijote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo que los trueques, si es que tienes dellos necessidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos (tal era el aborrecimiento que les tenian) por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser de muy caballeros andantes, el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, (que se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno, que siempre le seguia

por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía). Con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues assí caminando, dijo Sancho á su amo: Señor, quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de lengua, no querría que se malograsse. Dila, dijo don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y assí se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y assí me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuéssemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió don Quijote, más antes que se llegue á esse término es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras,

para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal, que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: Este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años. Assí que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y assí como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea, sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, á donde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra, á duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo, ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ánsias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado

las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes: y ella hará lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquíssimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey, que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sinó el caballero huesped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentíssima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le bessará cortesmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo, una doncella de quien la infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayarásse ella, traerá agua la doncella, acuitarásse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuessen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces,

y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos, del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucessos, y rogarále la princesa, que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: váse desde allí á su aposento, échasse sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida; madruga muy de mañana, váse á despedir del rey, y de la reina, y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita: piensa el caballero, que es de pena de su partida, traspássassele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena; está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice, que una de las mayores penas que tiene, es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no; assegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero, sinó en subjeto real y grave. Consuélase con esto la cuitada, y procura no dar mal indicio de sí á sus padres. Y á cabo de dos dias sale en público; ya se es ido el caballero, pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la córte, vé á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer, en pago de su servicios, no se la quiere dar al rey, porque no sabe quién es. Pero con todo esto, ó robada ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino, porque creo que no debe estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero,

en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero, y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado. Casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Esso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á esso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose El Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó don Quijote, porque del mesmo y por los mesmos passos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa? pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador? Porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer, sinó está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: assí que por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo de solar conocido, de possession y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindasse de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides. Otros tuvieron principio de gente baja, y van su-

biendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores. De manera que está la diferencia, en que unos fueron, que ya no son: y otros son, que ya no fueron, y podria ser yo destos, que despues de averiguado, hubiesse sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser. Y cuando no, la infanta me ha de querer, de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerza. Aunque mejor cuadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dígolo, porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sinó como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él passa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa, porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Esso no hay quien la quite, dijo don Quijote. Pues como esso sea, respondió Sancho, no hay sinó encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió don Quijote, como yo desseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo don Quijote, y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey

bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada; porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fé que te han de llamar señoría, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea ansí, respondió Sancho Panza. Digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo don Quijote, pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espessas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dijo Sancho, sinó tomar un barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande. Pues cómo sabes tú, preguntó don Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: Los años passados estuve un mes en la corte, y allí ví que passeándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sinó que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sinó que siempre andaba tras dél? Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo don Quijote, y que assí puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á

una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese esso del barbaro á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Assí será, respondió don Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravíssima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero, passaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaban, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian ansí mismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié. Los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que assí como Sancho Panza los vido, dijo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. Cómo gente forzada? preguntó don Quijote: es possible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sinó que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó don Quijote,

como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad. Assí es, dijo Sancho. Pues dessa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sinó que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda, fuessen servidos de informalle y decille la causa ó causas porqué llevan aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo esso, replicó don Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijessen lo que deseeaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el registro y la fé de las sentencias de cada uno destos mal aventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó: que por qué pecados iba de tan mala guisa? El respondió que por enamorado iba de aquella manera. Por esso no mas? replicó don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo

tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. Qué son gurapas? preguntó don Quijote: Gurapas son galeras, respondió el galeote: el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo: Este señor, va por canario, digo que por músico y cantor. Pues cómo? repitió don Quijote, por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oido decir, dijo don Quijote, que quien canta, sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dijo don Quijote, mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non sancta, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confessado, le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas. Y vá siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan, y aquí van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessó y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no, como un sí: y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas, y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assí, respondió don Quijote, el cual passando al tercero,

preguntó lo que á los otros: el cual de presto, y con mucho desenfado respondió y dijo: Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo don Quijote, por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener á donde comprar lo que ha menester. Dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo essos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grande, paciencia y basta. Passó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le passaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra: mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo. Este hombre honrado, vá por cuatro años á galeras, habiendo passeado las acostumbradas, vestido en pompa y á caballo. Esso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mi me parece, haber salido á la vergüenza. Assí es, replicó el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir, que este caballero vá por alcahuete, y por tener assí mesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido essas puntas y collar, dijo don Quijote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras sinó á mandallas, y á ser general dellas, porque no es assí como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessaríssimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sinó gente muy bien nacida; y aun habia de haber veedor, y exa-

minador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males que se causan, por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento: como son mujercillas de poco mas á menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necessaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cual es su mano derecha. Quissiera passar adelante, y dar las razones porque convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necessario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Solo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de su hechicero. Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo como digo cosa impossible forzar la voluntad. Assí es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse y viviesse en paz y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprovechó nada este buen desseo, para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto

como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Passó adelante don Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos, sinó con mucha mas gallardía que el passado: Yo voy aquí, porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente que no hay sumista que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos: sentenciarónme á galeras por seis años, consentí; castigo es de mí culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con qué socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos, venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sinó que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pié, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se assian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un gruesso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros? Respondióle la guarda:

Porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos; y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sinó que temian que se les habia de huir. Qué delitos puede tener, dijo don Quijote, sinó han merecido mas pena que echalle á las galeras? Vá por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: No se quiera saber mas, sinó que este buen hombre es el famoso Ginés de Passamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comissario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres, Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comissario, señor ladron de mas de la marca, sinó quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que vá el hombre como Dios es servido, pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. Pues no te llaman assí, embustero? dijo la guarda. Si llaman, respondió Ginés, mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Passamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comissario, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que dessear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados. Tan bueno es? dijo don Quijote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren. Lo que le

sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. Y cómo se intitula el libro? preguntó don Quijote. La vida de Ginés de Passamonte, respondió él mismo. Y está acabado? preguntó don Quijote. Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo don Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés: y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir; y en las galeras de España, hay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo don Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comissario. Ya le he dicho, señor comissario, respondió Passamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron essa vara para que maltratasse á los pobretes que aquí vamos, sinó para que nos guiasse y llevasse á donde su majestad manda: si no por vida de..... basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comissario para dar á Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien llevaba tan atadas las manos tuviesse algun tanto suelta la lengua: y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: De todo cuanto me habeis

dicho, hermanos caríssimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa á mi ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo professar en él la órden de caballería que professo, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opressos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comissario, sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto mas, señores guardas, añadió don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado. Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sossiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros: y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comissario; bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le de-

jemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese esse bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió don Quijote: y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviesse lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada: y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento, pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á don Quijote, que con mucho sossiego los aguardaba: y sin duda lo passara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á don Quijote, que los acometia, no hicieron cosa que fuesse de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Passamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado; y arremetiendo al comissario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, assí de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste sucesso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual, á campana herida, saldria á buscar los delincuentes, y assí se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiessen, y se emboscassen en la sierra que estaba cerca.

Bien está esso, dijo don Quijote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga: y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comissario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y assí les dijo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi habeis recebido, en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vayais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais, que su caballero, el de la Triste Figura, se le envia á encomendar: y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la desseada libertad: y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes, á la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Passamonte, y dijo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es impossible de toda impossibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sinó solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar esse servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Ave Marías y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia: huyendo, ó reposando: en paz, ó en guerra: pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son

las diez del dia, y es pedir á nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo don Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llameis, que habeis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas. Passamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo (pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, propio pago de tal gente; y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertassen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas. y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos. Quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote. El jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos. Rocinante, tendido junto á su amo,

que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad. Don Quijote, mohiníssimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIÉNDOSE tan mal parado don Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos, es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre, pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Assí escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco: pero pues dice, que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora y excusará otro mayor: porque le hago saber, que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le dá á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo don Quijote, pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie, que yo me retiré y aparté deste peligro, de miedo, sinó por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello: y desde ahora para entonces; desde entonces para ahora te desmiento, y

digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres: y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sinó á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete macabeos, y á Castor, y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar, es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza: y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia. Y sepa, que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: assí que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sinó suba en Rocinante, si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravessarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscasse. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, á donde le pareció á Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durasse el matalotaje que llevaba: y assí hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen

lumbre de la verdadera fé, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó, que Ginés de Passamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena, por virtud y locura de don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acordó de esconderse en aquellas montañas: y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necessidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciesse se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rúcio, el cual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo: y fué de manera, que don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote que vió el llanto, y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviesse paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diessen tres en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á don Quijote la merced que le hacia. El cual, como

entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sinó de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y assí iba tras su amo, sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priessa á llegar á ayudarle si fuesse menester: y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos: mas pesaba tanto, que fué necessario que Sancho se bajasse á tomarlos, y mandóle su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y assí como los vió dijo: ¡Bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando mas, halló un librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidió don Quijote, y mandóle que guardasse el dinero, y lo tomasse para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual, visto por don Quijote, dijo: Paréceme Sancho (y no es possible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de passar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser esso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo don Quijote, y assí no adivino ni doy en lo que esto pueda ser: mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por essa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. Qué hilo está aquí? dijo don Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sinó Fili, respondió don Qui-

jote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto: y á fé que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba á bajo, á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ó los mas caballeros andantes de la edad passada, eran grandes trovadores, y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias (por mejor decir) son anejas á los enamorados andantes. Verdad es, que las coplas de los passados caballeros, tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja don Quijote, y dijo: Esto es prosa, y parece carta. Carta missiva, señor? preguntó Sancho, En el principio no parece sinó de amores, respondió don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

«Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me llevan á parte donde antes volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡oh ingrata! por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste, y yo no tome venganza de lo que no desseo.»

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que don Quijote passaba el libro, passaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella, ni en el cojin que no buscasse, escudriñasse é inquiriesse, ni costura que no deshiciesse, ni vedija de lana que no escarmenasse, porque no se quedasse nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que passaban de ciento. Y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia passado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran desseo quedó El Caballero de la Triste Figura de saber quién fuesse el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama, debian de haber conducido á algun desesperado término. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar: siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura Yendo pues con este pensa-

miento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata, con extraña ligereza. Figurósele que iba desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos y revueltos, los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traia la cabeza descubierta, y aunque passó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó El Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó don Quijote, que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiesse andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y assí mandó á Sancho, que atajasse por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topassen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priessa se les habia quitado de delante. No podré hacer esso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assí será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos linternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscalle, por-

que si le hallamos, y á caso fuesse el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y assí fuera mejor sin hacer esta inútil diligencia, posseerlo yo con buena fé, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió don Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, estamos obligados á buscarle, y volvérselo: y cuando no le buscássemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuesse. Assí que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mi se me quitará si le hallo: y assí picó á Rocinante, y siguióle Sancho. Y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada. Todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha, de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo, como de pastor que guardaba ganado: y á deshora á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote, y rogóle que bajasse donde estaban. El respondió á gritos, que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sinó de piés de cabras ó de lobos, y otras fieras que por allí andaba? Respondióle Sancho que bajasse, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando á donde don Quijote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en essa hondonada, pues á buena fé que ha ya seis meses que está en esse lugar. Díganme, han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió don Quijote,

sinó á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo, ni cómo no. Esso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo don Quijote, sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses, poco mas á menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre essa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta, que decis que hallastes y no tocastes. Preguntónos, que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida. Dijímosle, que era esta donde ahora estamos: y es ansi la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir: y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y quesso en ella trahia: y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar

en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales, le hallamos metido en el hueco de un gruesso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conociamos, sinó que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillássemos de verle andar de aquella suerte, porque assí le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijesse quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle tambien, que cuando hubiesse menester el sustento (sin el cual no podia passar) nos dijesse donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que á lo menos saliesse á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los assaltos passados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche, y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos si en él no le acompañáramos; considerándole cómo le habiamos visto la vez primera, y cuál le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones, mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma

rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que sinó se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados. Y todo esto hacia diciendo: ¡ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá, con las veces (que han sido muchas) que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza: porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sinó que lo toma á puñadas; y cuan-

do está en su seso lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quién es cuando esté en su seso: y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza como desnudez: que ya le habia dicho don Quijote cómo habia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas desseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirasse hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de la sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca vió don Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar: por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donai-

re le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar El Roto de la Mala Figura, (como á don Quijote El de la Triste) despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DICE la historia que era grandíssima la atencion con que don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual principiando su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado: y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad, pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos desseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió don Quijote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podria hallar algun género de remedio: y si fuera menester, buscarle con la diligencia possible. Y

cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla ó plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro (añadió don Quijote) por la órden de caballería que recebí (aunque indigno y pecador) y por la profession de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, he de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy: hora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sinó mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abajo: y despues que le hubo bien mirado le dijo: Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos desseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriessa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comia, ni él, ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiessen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco

desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablasse, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrompereis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagais, en esse se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto, trujeron á la memoria á don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian passado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es, porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria, no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para no satisfacer del todo á vuestro desseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás: y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á dessearme. Tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y pri-

meros años: y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian, que cuando passaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, y al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos, estaba obligado á negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los poetas. Y fué esta negacion añadir llama á llama y desseo á desseo: porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con mas libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos! y cuántos billetes le escribí! Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos desseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto, lo que me pareció que mas convenia para salir con mi desseado y merecido premio: y fué, el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice. A lo que él me respondió: Que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda: porque sinó fuesse con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome

que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dijesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que desseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijesse palabra me la dió, y me dijo: Por essa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mi mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviasse luego donde él estaba, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo, el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiesse á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque, y dá gracias á Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces. Añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que passaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviesse algunos dias, y dilatasse el darle estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria. Él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo. Pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado

Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado: el cual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien, y me hacia merced, no llegó al extremo con que don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con don Fernando, dejaba de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de dessassosiego. Queria bien á una labradora, vassalla de su padre; y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviesse mas excelencia, ni mas se aventajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, redujeron á tal término los desseos de don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo impossible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito. Pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre. Mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y assí por divertirme y engañarme me dijo: Que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que la ausencia fuesse, que los dos nos viniéssemos en casa de mi padre, con ocasion que diria al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciu-

dad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando (movido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y desseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiesse por obra con la brevedad possible, porque en efecto, la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos. Y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descabullirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiesse su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sinó apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecia amor, porque no puede passar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor. Quiero decir, que assí como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los desseos de querer ver doncella de tantas bue-

nas partes adornada. Cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Vióla, en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo (que á mi me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallasse un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiesse á su padre por esposa; tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento què en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confessar ahora que puesto que yo veia con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á rezelarme, porque no se passaba momento donde no quisiesse que tratássemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujesse por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos; no porque yo temiesse revés alguno de la bondad y de la fé de Luscinda; pero con todo esso me hacia temer mi suerte lo mesmo que ella me asseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en qué leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.....»

No hubo bien oido don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no

fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assí que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia, que yo sé que gastara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura: pero tiempo podrá venir en que se enmiende essa falta; y no tardará mas en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, assí es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assí que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y puesto que dos veces le dijo don Quijote que prossiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra. Pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: No se me puede quitar del pen-

samiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiesse ó creyesse, sinó que aquel bellaconazo del maestro Elisabat, estaba amancebado con la reina Madasima. Esso no, voto á tal, respondió con mucha cólera don Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y essa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir. La reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princessa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco. Y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia; ni tampoco don Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que assí volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mesmo peligro. Y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sossiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecer-

lo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero, que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero: y fué el fin de las réplicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Assí es, dijo don Quijote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria possible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandíssimo desseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviesse mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha: y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

DESPIDIÓSE del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y desseaba que él comenzasse la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con uno lo que me viniera en gana, y con esto passara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sinó coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió don Quijote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alzado, y

dí lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea ansí, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de esse salvoconducto, digo: Que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa ó como se llama? O qué hacia al caso, que aquel abad fuesse su amigo ó no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco passara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fé, Sancho, respondió don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir, que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Esso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos, está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien

yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas. Y los consejos y compañía del maestro Elisabat, le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten digo otra vez, y mentirán otras doscientas, todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuessen, qué me vá á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas quién puede poner puertas al campo? Cuanto mas, que de Dios dijeron. ¡Válame Dios! dijo don Quijote, y que de necedades vás, Sancho, ensartando; que vá de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante deja de entremeterte en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, vá muy puesto en razon, y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sinó de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Cálla, te digo otra vez, Sancho, dijo don Quijote, por-

que te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. Y es de muy gran peligro essa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado que echásemos azar en lugar de encuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo don Quijote, porque si vuelves presto de á donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes: no he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo assí mismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe. Y esta mesma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas. Y assí lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolo ni describiéndolo como ellos fueron, sinó como habian de ser, para quedar ejemplo á los venideros hombres de

sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto assí como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería. Y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Assí que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje passar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, é hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere,

en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podrá ser que viniesse á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sinó de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer essas necedades y penitencias; pero vuestra merced, qué causa tiene para volverse loco? Qué dama le ha desdeñado? O qué señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió don Quijote, y essa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado, ni gracias.... el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Assí que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada. Assí que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

A lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamaren; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en mas de cuatro horas, qué ha de pensar, sinó que quien tal dice y afirma, debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi mujer é hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro, dijo don Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: qué es possible, que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello assí, sinó porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y assí esso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mi el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino: á causa, que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no

se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me dá en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan, que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban. Habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y assí en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar, ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis contínuos y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi assendereado corazon padece. ¡Oh vosotros! quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos, han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras Napeas y Driadas! que teneis por costumbre de habitar en las espessuras de los montes, assí los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano amadas, no perturben jamás vuestro ducel sossiego, que me

ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos, no os canseis de oilla, ¡Oh Dulcinea del Toboso! dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assí el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fé se le debe. ¡Oh solitarios árboles! (que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad) dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. ¡Oh tú, escudero mio! agradable compañero en mis prósperos y adversos sucessos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello. Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te dá el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras, cuán desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fé que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié, no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolu-

cion, soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió don Quijote, ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da essas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necessarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña, mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió don Quijote, mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sinó muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir. Assí que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fántastico. Y será necessario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho; pues se perdieron él, las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se

acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto mas el estómago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias que me ha dado de término, para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por passadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran desseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. Purgatorio le llamas, Sancho? dijo don Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea, Quien ha infierno, respondió Sancho, nula es retencio, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir retencio, dijo don Quijote. Retencio es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra meced, ó á mi me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada, volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir del: la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Assí es la verdad, dijo el de la Triste Figura, pero qué harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo don Quijote, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse esso ahora

como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó sinó cualquiera sacristan te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra processada, que no la entenderá Satanás. Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de amores se firman, respondió don Quijote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y essa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mesmo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: Vuestro hasta la muerte El Caballero de la Triste Figura. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiesse ella echado de ver la una que la miraba. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales, la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, qué la hija de Lorenzo Corchuelo, es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Essa es, dijo don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el

mas forzudo zagal de todo el pueblo. Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario de la aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, assí la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sinó que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confiesso á vuestra merced una verdad, señor don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, assí el del vizcaino, como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podría ser que al

tiempo que ellos llegassen estuviesse ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riesse y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú, y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda, hermosa moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en faluno por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles. Assí que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra. Sí que no todos los poetas que hablan de damas bajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y huesso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto,

sinó que los mas se las fingen por dar subjeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y assí bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocàs le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es assí, sin que sobre ni falte nada. Y píntola en mi imaginacion como la desseo, assí en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los estudiosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sossiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomasse de memoria, si acaso se le perdiesse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual, respondió Sancho, escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahi en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala que muchas

veces se me olvida cómo me llamo. Pero con todo esso, dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha que assí dice, dijo don Quijote:

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO.

«SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcíssima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dará entera relacion, ¡oh bella ingrata! amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y sinó, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi desseo.

Tuyo hasta la muerte
El caballero de la Triste Figura.»

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamás he oido. Pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma El Caballero de la Triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió don Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en essotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo don Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia assí:

«Mandará vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa, y están á cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos aquí recebidos de contado, que consta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y dos de Agosto deste presente año.»

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo don Quijote, sinó solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos y aun para trescientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, déjeme iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester assí, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo, en las demás que quisieres añadir; y assegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves, y las que le vinieren mas á cuento. Cuanto mas, que para mí no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced dessea y merece. Y sinó aparéjese la señora Dulcinea, que sinó responde como es ra-

zon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque dónde se ha de sufrir, que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué, ni para qué, por una....? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce; pues á fé que si me conociesse, que me ayunasse. A fé, Sancho, dijo don Quijote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico. Pero dejando esto á parte, qué es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo vuelvo? Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores? No te de pena esse cuidado, respondió don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está de escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo don Quijote: y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho, hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Assí lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y subiendo sobre Rocinante, á quien don Quijote enco-

mendó mucho, y que mirasse por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado: y assí se fué, aunque todavia le importunaba don Quijote que le viesse siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien passos, cuando volvió y dijo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo? dijo don Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré. Y desnudándose con toda priessa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco, y assí le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que assí como don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin

haberse jamás resuelto en ello. Y era, que cuál seria mejor y le estaria mas á cuento imitar, á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó Amadis en las melancólicas, y hablando entre sí mesmo decia: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sinó era metiéndole un alfiler de á blanca por la planta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en una fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrrizados, y paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido dessaguisado, no hizo mucho en volverse loco. Pero yo, cómo puedo imitalle en las locuras, sinó le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, assí como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto si imaginando otra cosa della me volviese loco, de aquel género de locura de Roldan el Furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciesse ante su presencia hasta que no fuesse su voluntad, se retiró á la peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necessidad. Y si

esto es verdad, como lo es, para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que sinó acabó grandes cosas, murió por acometellas. Y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y assí lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confessasse, y con quien consolarse: y assí se entretenia passeándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiessen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas
Que en aqueste sitio estais
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aquí lloro don Quijote

Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aquí el lugar á donde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal,
Sin saber cómo ó por dónde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assí hasta henchir un pipote
Aquí lloró don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras.
Hiriòle amor con su azote,
No con su blanda correa,
Y en tocándole el cogote,
Aquí lloró don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura del Toboso, al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote, que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien del Toboso, no se podría entender la copla, y assí fué la verdad, como él despues confessó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios,

á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesse, consolassen y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con qué sustentarse en tanto que Sancho volvia, que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedará tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió. Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería. Y fué, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á ver la venta, donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necessidad le forzó á que llegasse junto á la venta, todavia dudoso, si entraría ó no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Si es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro don Quijote. Y conociéronle tan bien como á ellos, que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los cuales, assí como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, desseosos de saber de don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, á dónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte, dónde y cómo su amo quedaba; y assí les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha im-

portancia, la cual él no podia descubrir, por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre ello morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor. Y luego de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba y aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de don Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñasse la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo cual dijo el cura que se la mostrasse, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni le podria hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuéssele quedando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriessa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas, se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas; y luego apriessa y sin cessar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se

las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron, que qué le habia sucedido que tan mal se paraba? Qué me ha de suceder? respondió Sancho, sinó el haber perdido de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Cómo es esso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor: por la cual mandaba que su sobrina me diesse tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa. Y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornasse á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamás se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo, que como aquello fuesse assí, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiessen. Decidla, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo; y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijesse, dijo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor licenciado, que los diabios lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: Alta y sobajada señora. No diria, dijo el barbero, sobajada, sinó sobrehumana, ó soberana señora. Assí es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé que decia de salud y de enfermedad

que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en vuestro hasta la muerte El Caballero de Triste Figura. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijesse la carta otras dos veces, para que ellos assí mesmo la tomassen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó assí mesmo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en sabiendo que le trujesse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo menos monarca, que assí lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo, y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente habia sido la locura de don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y assí le dijeron, que rogasse á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era, venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia; ó por lo menos Arzobispo, ú otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera que á mi amo le viniesse en voluntad de no ser emperador, sinó de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos? Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á missa por lo menos; y si esto es assí, ¡desdichado yo! que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.; qué será de mí si á mi amo le dá antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Assí me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y á donde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrassen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa porque no entraba, ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacassen allí algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assí mismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco,

el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, dió el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote, y para lo que ellos querian. Y fué que dijo al barbero, que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurasse ponerse lo mejor que pudiesse como escudero, y que assí irian á donde don Quijote estaba, fingiendo ser él una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniesse con ella, donde ella le llevasse, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba assí mesmo que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyesse sin duda que don Quijote vendria en todo cuanto le pidiesse por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como siguieron en su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le pareció mal al barbero la invencion del cura, sinó tan bien que luego la pusieron por obra. Pidierónle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué

le pedian aquellas cosas? El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia passado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver, púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocassen, sinó púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diesse buen sucesso en tan árduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido. Mas apenas hubieron salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiesse assí aunque le fuesse mucho en ello, y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocassen trages, pues era mas justo que él fuesse la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que assí se profanaba menos su dignidad, y

que si no lo queria hacer determinaba de no passar adelante, aunque á don Quijote se le llevasse el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejasse la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diesse licion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviessen junto de donde don Quijote estaba, y assí dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijesse á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntasse, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijesse que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cier-

ta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiesse en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo, no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuesse emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo que seria bien que él fuesse delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y assí determinaron de aguardarle hasta que volviesse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una, por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca, otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidasse á que en él esperassen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sossegados, y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse haber quien tan bien cantasse. Porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades: y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sinó de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad, haber sido los versos que oyeron estos:

Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y quién aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, zelos y ausencia.
Quién me causa este dolor?
Amor.
Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y quién consiente en mi duelo?
El cielo.
De esse modo yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna, y el cielo.
Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males quién los cura?
Locura.
De esse modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba

algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba. Y queriéndolo poner en efecto, hizo la mesma voz que no se moviessen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas.
Desde allá (cuando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, ¡oh amistad! ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba: pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de

la vez primera, cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejasse, porque allí no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y assí viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el cura le dijo, assí lo dieron á entender) y assí respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando, en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que se yo que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio. Y no seria maravilla que assí fuesse, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin

provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos cual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y sinó me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, antes que passeis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiesse en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia, casi por las mesmas palabras y passos que la habia contado á don Quijote y al cabrero pocos dias atrás, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: y assí llegando al passo del billete que habia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

«LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime; y assí, si quisiéredes sacarme desta deuda, sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce,

y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.»

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo. Y este billete fué el que le puso en desseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Díjele yo á don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiesse, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello; no porque no tuviesse bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España, sinó porque yo entendia dél, que desseaba que no me cassase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, assí por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sinó que me parecia que lo que yo desseasse, jamás habia de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablasse al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catilina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalon embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julian vengativo!¡ oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? Qué ofensa te hice? Qué palabras te dije, ó qué consejos te dí, que no fuessen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas de qué me quejo? ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta, que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas,

como vienen de alto á bajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda. Quién pudiera imaginar, que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el desseo amoroso le pidiesse donde quiera que le ocupasse, se habia de enconar (como suele decirse) en tomarme á mí una sola oveja que aun no posseia? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo prevenir esta traicion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandíssimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviesse firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurasse volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravessó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamás en

ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores. Todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora. Exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia. Pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió, y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba. Claros indicios que me mostraban el triste sucesso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien á mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viesse; porque su hermano le escribia que le enviasse cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme impossible sustentar tantos

dias la vida en ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado. Pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abrí-la temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Díjome que á caso passando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priessa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con essa carta que os he dado; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y assí viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado assí mesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sinó venir yo mesmo á dárosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho le-

guas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podia sostenerme. En efecto, abrí la carta y ví que contenia estas razones:

«La palabra que don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginadlo. Si os cumple venir, vedlo; y si os quiero bien ó no, el sucesso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fé que promete.»

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sinó la de su gusto, habia movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y desseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otra vez me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviesse tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo, mas no como

debia ella conocerme y yo conocerla. Pero quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que assí como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sinó procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, sinó pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriessa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegria, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa; y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver. Assí que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon

mientras allí estuve! ¡Los pensamientos que me ocurrieron! ¡Las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan; basta que sepais que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sinó los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirasse y notasse en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian; á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece á mi que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oirle, sinó que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no passarse en

silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano, para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentíssimos oidos, y alma turbada, me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh! quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, sí, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! qué quieres? qué pretendes? considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus desseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice. Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme. En fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: Sí quiero; y lo mesmo dijo don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano

sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, cual quedé yo, viendo en el sí que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promessas de Luscinda, impossibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido. Quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diesse el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviesse. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuesse visto ó no, con determinacion que si me viessen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es posible que los haya) me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues acá me ha faltado; y assí, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mí mismo, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida.

En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillasse, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á quel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios, la desculpaba, diciendo: que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiesse querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á dessear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que yo ya le habia dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion

y desseos de grandezas hicieron que se olvidasse de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos desseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte. Luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta: ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriesse. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necessidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí, despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sinó tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sus-

tentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré passar y hallarlo, y assí aunque entonces me falte el juicio, la necessidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el desseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera passo mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirle á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sinó rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta extrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es ¡oh señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto. Y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser agena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion; yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimien-

tos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y prudente historiador Cide Hamete Benengeli.

CUARTA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra.

FELICÍSSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacíssimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballellería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sinó de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos que la misma historia: la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que assí como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! si será possible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pe-

sada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no á ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte passos cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sinó dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Sorprendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y assí viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba adelante, hizo señas á los otros dos que se agazapassen ó escondiessen detrás de unos pedazos de peña que allí habia: assí lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo con una correa blanca. Traia assí mesmo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecian. Acabóse de lavar los

hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sinó divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, sinó hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que sinó eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia; tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion y en mas desseo de saber quién era, ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento y ruido que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto: mas no hubo dado seis passos, cuando no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el

cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren; señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, sinó para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le dá al que lo padece. Assí que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisierédes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien assí como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas. Mas volviendo el cura á decirle otras razones al mesmo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyesse, sería mas por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento

que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido: puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasion, la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar, la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliesse, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el assiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor, heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de que sea heredero, sinó de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su

estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija: y assí por no tener otra ni otro que los heredasse, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, assí lo era de su hacienda. Por mí se recibian y despedian los criados: La razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia passaba por mi mano: Los molinos del aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necessarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sinó porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á missa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas veian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los piés, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó el color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: Y no me hubieron bien visto, cuando (segun él dijo despues) quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regoci-

jo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas. Los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promessas y juramentos; todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque á mí me pareciesse mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviesse á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí, que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos contínuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiesse. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerasse la desigualdad que habia entre mí y don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos (aunque él dijesse otra cosa) mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho. Y que si yo quisiesse poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assí de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á don Fernando palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de al-

canzar su desseo. Todos estos recatos mios, que el debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba) la cual si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de posseerme, ó á lo menos, porque yo tuviesse mas guardas para guardarme. Y esta nueva ó sospecha, fué causa para que hiciesse lo que ahora oireis: Y fué, que una noche estando yo en mi aposento, con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viesse en peligro, sin saber ni imaginar como, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante. Cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua. Y assí no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo como digo, no tuve fuerzas para defenderme, segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es possible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traidor que sus lágrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviessen á compasion, menos que buena, sus lágrimas y suspiros. Y assí passándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: Si como estoy,

señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me assegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, assí fuera possible hacella ó decilla, como es possible dejar de haber sido lo que fué. Assí que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos desseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclava; ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú señor ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho, porque no hay pensar quede mi alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Sinó reparas mas que en esso, bellíssima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada) dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venia á parar, lo que él ya casi sabia, solo dijo: ¡Que Dorotea es tu nombre, señora! Otra he oido yo decir del mesmo, que

quizá corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia, se la dijesse luego. Porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniesse, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentasse un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento passa, fué: Que tomando don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio; con palabras eficacíssimas y juramentos extraordinarios, me dió la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de decirlas le dije que mirasse bien lo que hacia, y que considerasse el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana, vassalla suya; que no le cegasse mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer, por el amor que me tenia, fuesse dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejasse de seguir su intento, bien assí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mi mesma: Sí, que no seré yo la primera que por via de

matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion (que es lo mas cierto) haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: Pues sinó hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su desseo, que en fin, para con Dios seré su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podia dar el que no supiere cuan sin ella he venido á este punto. Porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué (sin yo pensarlo) mi perdicion; los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañasse á los testigos del cielo: Tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones sinó cumpliesse lo que me prometia, volvieron á humedecerse sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamás me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun tan apriessa como pienso que don Fernando desseaba, porque despues de cumplido aque-

llo que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto por que don Fernando dió priessa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, antes que amaneciesse se vió en la calle, y al despedirse de mí (aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino) me dijo que estuviesse segura de su fé, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á don Fernando que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiesse aquel hecho se publicasse; pero no vino otra alguna, sinó fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mi fueron aciagos y menguados, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fé de don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprension de su atrevimiento antes no habia oido. Y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntassen que de qué andaba descontenta, y me obligassen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atrope-

llaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos. Y esto fué, porque de allí á pocos dias, se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca, se habia casado don Fernando con una doncella hermossísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento. Díjose, que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse. Que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañasse hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad, á pié, llevada en vuelo del des-

seo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo menos á decir á don Fernando me dijesse con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa, y todo lo que habia sucedido en el desposorio de la hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacian corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diesse el aire, le halló un papel escrito, de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad. Y que si habia dado el sí á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por qué se habia quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo cual, visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviesse, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda, no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he

dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dicen, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba á donde gentes no le viessen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de en casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender, que podria ser que el cielo hubiesse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallasse, dando la señas de la edad y del mismo traje que traia, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sinó añadir el con quién, siendo sugeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear

en la fé que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor; assí me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, assí como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian; y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con frias y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo. Y luego, con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando con este desseo. Ha no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud, fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado, y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco

de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado. Y assí tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis repulsas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiesse con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria, y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperíssima penitencia en que se habia puesto.

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es impossible el remedio della. Solo os ruego lo que con facilidad podreis y debeis hacer, que me aconsejeis donde podré passar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me assegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que no como

ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima, como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo: En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y assí le dijo: Y quién sois vos, hermano, que assí sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sinó cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de don Fernando, y el que aguardó á oir el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y assí dejé la casa, y la poblacion y una carta que dí á un huésped mio, á

quien rogué que en manos de Luscinda la pusiesse, y víneme á estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviesse el cielo guardado mejor sucesso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luscinda no pudo casarse con don Fernando, por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavia en ser, y no se ha enagenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fé de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle, en razon de la sin razon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo, se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió, que se fuessen con él á su aldea,

donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciesse conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuesse bueno para servirles. Contó assí mesmo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quijote habia tenido, y contóla á los demás, mas no supo decir, por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle los dos al encuentro, y preguntándole por don Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliesse de aquel lugar y se fuesse al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiesse fecho fazañas que le ficiessen digno de su gracia. Y que si aquello passaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviesse pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesasse. Contó luego á Cardenio y á Dorotea, lo que tenian pensado para remedio de don Quijote, á lo menos para llevarle

á su casa. A lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural. Y que la dejassen el cargo de saber representar todo aquello que fuesse menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sinó que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante volvió adornada, de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba. Pero el que despues mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era assí verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y assí preguntó al cura con grande ahinco le dijesse quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es, que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen

caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga esse agravio y enderece esse tuerto, matando á esse hi de puta desse gigante que vuestra merced dice, que sí matará si el le encuentra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y assí quedará impossibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo, como tengo, mujer y hijos, seria nunca acabar. Assí que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y assí no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar assí. No hay duda en esso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos Assí debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos. Con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenia

en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola del buey, y dijeron á Sancho que los guiasse á donde don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijesse que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo. Puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordasse á don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura, porque no era menester por entonces su presencia, y assí los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié, poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea, á lo que ella dijo que descuidassen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron á don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y assí como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura se fué á hincar de rodillas ante las de don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lue-

ñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía. Sea quien fuere, respondió don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que professado tengo; y volviendose á la doncella dijo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que assí lo otorgo, respondió don Quijote; y assí podeis, señora, desde hoy mas desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo

quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos: mas don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriesse las cinchas á Rocinante y le armasse luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de dissimular la risa y de que no se le cayasse la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la diestra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le recordó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia: mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vassallos le diessen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y á donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar

algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sinó dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender nueve ó diez mil vassallos en dácame essas pajas; par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos; llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que desseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y quitóle un capotillo pardo que traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon; y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian passado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos passos de aquellos lugares no concedian que anduviessen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y assí como salió de ella don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caballeros andantes, y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á don Quijote, el cual espantado de lo

que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decia: Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Esso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Pues no sería esso justo, mi señor licenciado, respondió don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y y tan cristiano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Assí es, respondió el barbero, y apeándose en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, el diera al diablo la venida por don Quijote. Con todo esso le sobresal-

taron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sinó acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dijo: ¡vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta! El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuesse con ellas adonde yacia maese Nicolás dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró don Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitassen habia de quedar la carne llagada y mal trecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Assí es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiesse el cura, y á trechos se fuessen los tres mudando hasta que llegassen á la venta, que estaria á algunas leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, don Quijote, la princesa y el cura; y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiesse dijo el licenciado: Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé

poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y assí dijo: Sí señor, hácia esse reino es mi camino. Si assí es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meotis, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo esso he llegado á ver lo que tanto desseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos assí como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cessen mis alabanzas, dijo á esta sazon don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y assí dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto. A esso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio que ha muchos años que passó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no passasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y passando ayer por estos lugares nos salie-

ron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo no las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de aquellos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto á la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata de la discreccion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

NO hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: Pues á mi fé, señor licenciado, el que hizo essa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirasse lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandíssimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazon don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías; yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, é hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avengan: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hi de puta y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas prontamente conviniere: y esto dijo afirmándose en las estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, la llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donaire) como quien ya sabia el menguado humor de don Quijote, y que todos hacian burla dél, sinó Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero,

mémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sossiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por esse invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Esso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen desseo os suplico me digais, sinó se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza. Eso haré yo de buena gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió don Quijote, á lo que respondió Dorotea: Pues assí es, estenme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, desseos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire, comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman.... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto, pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que se paraba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas

veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Assí es la verdad, respondió la doncella, y y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de dejar esta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una gran ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista, porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al través, como si fuesse bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira. Digo que supo que este gigante en sabiendo mi orfandad habia de passar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiesse, pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiesse casar con él; mas á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha passado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues

que él fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando comenzaba á passar sobre mi reino, que no aguardasse á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sinó que libremente le dejasse desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vassallos, porque no habia de ser possible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sinó que luego con algunos de los mios me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Gigote. Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre El Caballero de la Triste Figura. Assí es la verdad, dijo Dorotea: Dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto don Quijote dijo á su escudero: ten aquí, Sancho, hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo esse lunar que vuestro padre dijo, respondió don Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar dessas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Esso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la

buena fama que este caballero tiene no solo en la Mancha, sinó por toda España, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas que luego me dió el alma que era el mesmo que venia á buscar. Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó don Quijote, sinó es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse tomó el cura la mano y dijo: debe de querer decir la señora princessa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Esso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra magestad adelante. No hay qué proseguir, respondió Dorotea, sinó que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerlo delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues assí lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante quissiese casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diesse la possession de mi reino junto con la de mi persona. Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto don Quijote, no oyes lo que passa? no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Esso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de

la cama: y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandíssimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diesse las manos para besárselas, en señal que la recibia por su reina y señora. Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciesse tanto bien que se lo dejasse cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho, con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sinó solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y assí es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habreis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos contínuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitarán á mí, ¡oh alta y valerosa señora! dijo don Quijote, cuantos yo passare en serviros, por grandes y no vistos que sean. Y assí de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta (no quiero decir buena) espada, merced á Ginés de Passamonte, que solo me llevó la ropilla. Esto dijo entre diente, y prosiguió diciendo; y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica possesion de vuestro estado, quedará

á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es possible que yo arrostre ni por pienso el casarme aunque fuesse con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo, voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio: pues cómo es possible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á un zapato de la que está delante: assí noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo; cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome esse reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado; y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablarle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y sinó fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; y no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que sinó fuesse por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga?

Decid, socarron de lengua viperina, y quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa passada en cosa juzgada) sinó es el valor de Dulcinea del Toboso, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser. ¡Oh hi de puta, bellaco, y como sois desagradecido que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho que no oyesse todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea tan.... Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo don Quijote, pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero assí, á bulto, me parece bien. Ahora te disculpo, dijo don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya lo veo, respondió Sancho, y assí en mí la gana de hablar siem-

pre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo esso, dijo don Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente.... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo y ve nuestras faltas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred Sancho y besad la mano á vuestro señor y pedidle perdon, y de aquí adelante andad mas acertado en vuestras alabanzas y vituperios y no digais mal de aquessa señora Tobosa, á quien yo no conozco sinó es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con posado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantassen un poco que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo assí Sancho y apartarónse los dos algo adelante, y díjole don Quijote: despues que viniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad, acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. Por qué lo dices, Sancho? dijo don Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de ahora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo

por ser cosa de vuestra merced. No tornes á essas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva. Mientras esto passaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Passamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Passamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: ¡ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo! No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por esso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la

similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que assí habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Ya lo entendí assí, dijo el cura, y por esso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sinó por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? qué hacia? qué le dijiste? qué te respondió? qué rostro hizo cuando leía mi carta? quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Assí es como tú dices, dijo don Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos dias de

tu partida, lo cual me causó grandíssima pena por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos. Assí fuera, respondió Sancho, sinó la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento, tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. Y tiénesla todavia en la memoria, Sancho? dijo don Quijote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como ví que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo último: vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trescientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucessos.

TODO esso no me descontenta, prosigue adelante, dijo don Quijote. Llegaste, y que hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sinó aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo era candeal ó

trechel? No era sinó rubion, respondio Sancho. Pues yo te aseguro, dijo don Quijote, que aechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna; pero passa adelante: cuando le diste mi carta besóla? Púsosela sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia digna de la tal carta? ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo don Quijote, esso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester qué coloquios passó contigo? qué te preguntó de mí? y tú qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho, mas yo la dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre aquellas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijeste mal, dijo don Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé que me lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo don Quijote, haste medido tú con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó don Quijote, que no acompaña essa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa; cuando

llegaste junto á ella no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No sería esso, respondió don Quijote, sinó que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió don Quijote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiessen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo la habia dicho de palabra, acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijesse á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas desseo de verle que de escribirle; y que assí le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliesse de aquellos matorrales, y se dejasse de hacer disparates, y se pusiesse luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver á vuestra merced: rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced El Caballero de la Triste Figura: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras, díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por

los galeotes, mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo don Quijote; pero dime qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede ser esso assí, y yo la tengo por buena usanza; pero esso debia de ser en los tiempos passados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo don Quijote, y sinó te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coje á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las tierras de Armenia con algun endriago, ó con al-

gun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte: y cuando menos se cata, assoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte, dos ó tres mil leguas. Y todo esto se hace por industria y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Assí que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintiesses. Assí seria, dijo Sancho, porque á buena fé, que andaba Rozinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y como si llevaba azogue, dijo don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto á parte, qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien impossibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acossa y fatiga el desseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fé y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar á priessa y llegar presto donde está esse gijante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta, á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por

buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dá, y de ser yo suyo. ¡Ay! dijo Sancho, y como está vuestra merced lastimado de essos cascos. Pues dígame, señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar passar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino que á buena verdad, que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y cásesse luego en el primer lugar que haya cura, y sinó ahí esta nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoje, por bien que se enoja no se venga. Mira, Sancho, respondió don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu desseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere: y en dándomela, á quién quieres tú que la dé sinó á tí? Esso claro está, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque sinó me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vassallos y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure

de ir por ahora á ver á mi señora Dulcinea, sinó váyasse á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me assienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote Sancho, dijo don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo, en cuanto el ir antes con la princesa á ver á Dulcinea. Y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí los descubra. Pues si esso es assí, dijo Sancho, cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso, que los que fueren, se han de ir á hincar de hinojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡Oh que necio y que simple que eres! dijo don Quijote. Tú no ves, Sancho, que esso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos desseos, sinó que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con essa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo don Quijote, y que de discreciones dices á las veces, no parece sinó que has estudiado. Pues á fé mia que no se leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese

Nicolás que esperassen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo á palabras. Porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto todavía. Habíase en este tiempo quedado Cardenio con los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á passar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de alli á poco arremetió á don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡Ay señor mio! no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban y dijo: porque vean vuestras mercedes, cuan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias passados, passando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego llevado de mi obligacion hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada.) Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale

abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe era amo suyo, y assí como yo le ví le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sinó porque le pido mi salario: el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mi fueron oidas no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto, hijo Andrés? no notaste con cuanto imperio se lo mandé, y con cuanta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que passó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. Cómo al revés? replicó don Quijote, luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero assí como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo, de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se con-

tentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando me vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo dijo don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luenguas experiencias, que no hay villano que guarde la palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el veintre de la ballena. Assí es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo don Quijote, y diciendo esto se levantó muy apriessa, y mandó á Sancho que enfrenasse á Rocinante (que estaba paciendo en tanto que ellos comian.) Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria? Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegasse el pecho hasta la vuelta de su reino. Assí es verdad, respondió don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me cuido dessos juramentos, dijo Andrés, mas quisiera tener ahora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos

los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo le dijo: toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á don Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, si no déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar don Quijote para castigalle, mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguille. Quedó corridíssimo don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demas tuviessen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de enfurecer del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote.

ACABÓSE la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á don Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegria, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezassen otro mejor lecho que la vez passada; á lo cual le respondió la huéspeda; que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipes. Don Quijote dijo que sí haria, y assí le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de sueño. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dijo: para mi santiguada, que no se ha ya de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por essos suelos que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba; hasta que el licenciado le dijo que se la diesse, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sinó que se descubriesse y mostrasse en su misma forma, y dijesse á don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntasse por el escudero de la princesa, le dirian

que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y assí mismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de don Quijote. Admiráronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que los aderezassen de comer de lo que en la venta hubiesse, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; á todo esto dormia don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los passageros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo con él y con el arriero les habia acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viesse, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijesse que los libros de caballerías que don Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: no sé yo como puede ser esso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sinó á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni me-

nos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sinó aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Assí es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fé que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero, No sé, señor en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sinó de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. Luego bien les remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil cosas parecidas: y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no dessean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me preguntaban estos señores, respondió ella, no pude dejar de respondelles. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquessos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y

abriéndola, halló el cura en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes. Assí como el cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero, y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que bien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos, el de don Cirongilio y el de Félix Marte. Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Assí es, replicó el ventero; más si alguno quiere quemar sea esse del Gran Capitan y desse Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno dessotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos y estan llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de un molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no passasse por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él mismo las cuenta y las escribe con la modestia de caballero y de coronista propio, las

escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo al licenciado el ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino, por Dios ahora habia vuestra merced de leer lo que oí yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco, gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandíssimo y poderosíssimo ejército donde hubo mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde los piés hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él assí como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sinó dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar, y cuando llegaron allá bajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyesse esto se volveria loco de placer: dos higas para el gran Capitan y para esse Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote. Assí me parece á mí, respondió Cardenio, por que segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el

mundo Félix Marte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan. Porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con esse huesso, respondió el ventero, como si yo no supiesse cuantas son cinco, y á donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sean disparates y mentiras, estando impresso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y assí como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedréz, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, assí se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros, y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho

os hagan, y quiera Dios que no cojeis del pié que cojea vuestro huésped don Quijote. Esso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo essos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son essos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: Novela del Curioso Impertinente. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que algunos huéspedes que aquí la han leido los ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar pensando volvérsela á quien aquí dejó essa maleta olvidada con estos libros y essos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí en algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fé que se les he de volver, que aunque ventero, todavia soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura, mas con todo esso, si la novela me contenta me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian ha-

bia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyesse de modo que todos la oyessen. Sí leyera, dijo el cura, sinó fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sossegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desta manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguno de gusto. Acudió maese Nicolás á rogarle lo mesmo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiría, dijo; pues assí es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian, Los Dos Amigos eran llamados; eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiessen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los passatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concerta-

do reloj que assí lo anduviesse. Andaba Anselmo perdido de amores de Camila, doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia) á pedilla por esposa á sus padres, y assí lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posession que desseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cessaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda, suelen ser alegres. Continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué possible; pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él (como es razon que parezca á todos los que fueren discretos) que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remission de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamás lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados Los Dos Amigos, que no permitiesse por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso y

tan agradable nombre se perdiesse; y que assí le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usasse entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreccion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuesse Lotario á comer con él; y aunque esto quedó assí concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viesse que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como el mirar con qué amigas su mujer conversaba, por que lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres) se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necessidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiesse de los descuidos que en su proceder hubiesse, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas, ó no le sería de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido fácilmente pondria remedio en todo. Pero dónde se ha-

llará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? no lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, sisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inescusables: assí que en quejas del uno y disculpas del otro se passaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme, no con mano escasa, los bienes, assí los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, sinó en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un desseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de

mis propios pensamientos, y assí me ha sido possible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo, y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegria por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué desseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonia que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, ó ya consejos para enmendallos, ó ya remedio para cumplillos. Assí es la verdad, respondió Anselmo, y con essa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el desseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sinó es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí ¡oh amigo! que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las contínuas importunidades de los solícitos amantes: porque qué hay que agradecer, digo yo, que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la prime-

ra desenvoltura la ha de quitar la vida? Assí que la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa passe por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus desseos, y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura, podré yo decir que esta colmó el vacío de mis desseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el sabio dice que quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi desseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero ¡oh amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteressada; y muéveme entre otras cosas á fiar de tí esta tan árdua empresa, esta accion libre, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sinó á solo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto, y assí no quedaré yo ofendido mas de con el desseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Assí que si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni pere-

zosamente, sinó con el ahinco y diligencia que mi desseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me assegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que sinó fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta què hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo: No me puedo persuadir, ¡oh amigo Anselmo! á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias no consintiera que tan adelante passaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco. Pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como dijo un poeta *usque ad aras*, que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y cuando el amigo tirasse tanto la barra que pusiesse á parte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sinó por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto; antes me pides, segun yo en-

tiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, no vengo á quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fé, sinó que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales: y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, aun con todo esto no basta nadie con ellos é persuadirles las verdades de nuestra sacra religion; y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado, el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal desseo: mas no me deja usar de este rigor la amistad

que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte, y porque claro lo veas, dime Anselmo, tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? persuadir á una honesta? ofrecer á una desinteressada? servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, qué buscas? y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, qué mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ó qué, será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por lo que dices, para qué quieres probarla, sinó como á mala hacer della lo que mas te viniera en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Assí que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por emtrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto á

parte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir el manifiesto peligro que los amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fé, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen interesarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ellas como desseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y sinó sales te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso peota Luis Tansillo en el fin de su primera parte de Las Lágrimas de San Pedro, que dice assí:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza cuado yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Assí que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino, sinó lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos, que puesto que

aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo possessor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviessen satisfechos cuantos lapidarios le viessen, y que todos á una voz y de comun parecer dijessen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses assí, sin saber otra cosa en contrario, sería justo que te viniesse en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusiesses por obra, que puesto caso que la piedra hiciesse resistencia á tan necia prueba, no por esso se le añadiria mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perderia todo? Si por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, assí en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltasse y no resistiesse, considera desde ahora cual quedarias sin ella, y con cuanta razon te podrias quejar de tí mesmo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imper-

fecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra lijera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues, ojeándole, le encaminan hacia aquel lugar, y assí como el arminio llega al lodo, se está quedo y se deja prender y cautivar á trueco de no passar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servi-cios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necessario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es assí mesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria que

los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiesse, guardase y encerrasse, y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque bien podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo,
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡oh Anselmo! ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad, y aun no solo pretendes esto, sinó que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que debo hacer y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal desseo, y teniéndose por deshon-

rada te toca á tí como á cosa suya su mesma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran, los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sinó por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa porque con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraiso terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y assí como Adan despertó y la miró dijo: esta es carne de mi carne y huesso de mis huessos. Y Dios dijo, por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entonces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que solo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace más en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad; y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; por-

que assí como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, assí el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sossiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sossegados en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras a ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; assí mesmo veo y confiesso que sinó sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yesso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse cuanto mas para comerse, assí

que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podrá hacer con facilidad, solo con que comiences aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra: y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sinó persuadiéndome de no verme sin honra; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo como estoy determinado de poner en práctica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tú crédito al sér primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiesse, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal desseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho; y assí le respondió que no comunicasse su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaría cuando á él le diesse mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le

hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzasse la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiesse hablar á Camila, y assí mesmo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diesse músicas, que escribiesse versos en su alabanza, y que cuando él no quisiesse tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. A todo se ofreció Lotario bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedasse allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rogóle Camila que no se fuésse, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedasse y le aguardasse, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia, dijo tambien á Camila que no dejasse solo á Lotario en tanto que él volviesse. En efecto él supo tambien fingir la necessidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa, toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo desseaba, y con el enemi-

go delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de cabelleros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y assí le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertasse para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y assí le preguntó lo que desseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriesse del todo, y assí no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchasse con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se passaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á

Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamás podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras, yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado que él llevaria hasta el fin aquella empresa puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones porque no sabia como arreglarse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promessas, como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era assí salió del aposento, y llamando á Lotario aparte le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba mas darle puntada en

aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es assí, como sin duda lo es, para qué me engañas? ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi desseo? No dijo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en la mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad, mas seguro y menos sobresaltado, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no lejos de la Ciudad, con el cual amigo concertó que le enviasse á llamar con muchas veras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, qué es lo que haces? qué es lo que trazas? qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sossegadamente la possees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y

con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento, te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes dessear, para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que todo venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo impossible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido,
Que pues lo impossible pido;
Lo possible aun no me den.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviesse ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviesse cuidado de tratalle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiesse que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupasse la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza, que ella sabria gobernar su casa, que probasse por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que assí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Ansel-

mo, y otro dia vino á su casa Lotario, dónde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viesse á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priessa, porque assí se lo tenia mandado Camila, y aun tenia órden Leonela que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamás se quitasse; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estátua de mármol, cuanto mas á un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar assalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase

fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y áun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si assí tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus desseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila, la cual habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.

ASSI como suele decirse que parece mal el ejército sin su general, y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y buena moza sin su marido, cuando justíssimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois dicreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, què fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensasse que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido

á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiesse, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntasse la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diessen muestra de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y assí acometió á su pretension con las alabanzas de su hermosura, por que no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos esperaba y mas desseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la passion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la fla-

queza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviesse en menos su amor y pensasse que assí acaso, y sin pensar, y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que de menos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y luego preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assí como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde existe la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necessidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has passado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto, de la bondad y fortaleza del navio que el cielo te dió en suerte para que en él passasses la mar deste mundo, sinó haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y dé-

jate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se escuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y assí se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo esso le rogó que no dejasse la empresa, aunque no fuesse mas de por su curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechasse de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo queria que le escribiesse algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque él daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: díle tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, sinó tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijesse la ocasion porque le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia de temer de la virtud de Lotario y

de la mucha amistad de entrambos, y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas por estar ya advertida passó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobremesa rogó Anselmo á Lotario dijesse alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiesse. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice assí:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila: pero mejor á

Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda desso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario, y assí con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus desseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabia los dijesse. Sí sé, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, mas malo, y podreislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

—

Yo sé que muero; y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ¡oh bella ingrata! muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
A donde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho con el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado; y con esto todo los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinon de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues si quiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera possession que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena esso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí essa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista; y siendo assí de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros en la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Ansel-

mo le tuviesse de volver, y con su presencia quedasse imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que dessea que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los premeditados. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubiesses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es assí, no te assalten la imaginacion essos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sinó assegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no solo tiene las cuatro SSSS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sinó todo un A B C entero: sinó escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece: Agradecido.—Bueno.—Caballero.—Dadivoso.—Enamorado.—Firme.—Gallardo.—Honrado.—Ilustre.—Leal.—Mozo.—Noble.—Onesto.—Principal.—Quantioso.—Rico; y las SSSS que dicen. Y luego, Tácito. —Verdadero: la X no le cuadra porque es letra aspada: la Y ya está dicha, la Z, Zelador de tu honra. Rióse Camila del A B C de su doncella y túvola por mas práctica en las cosas de amor que ella decia; y assí lo confessó ella descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si passaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí passa-

ban: porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar tras piés, no se las da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sinó rogar á Leonela no dijesse nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratasse sus cosas con secreto, porque no viniessen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que asssí lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viesse no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrasse, y quitábale todos los estorbos para que no fuesse visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viesse una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo, solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra

con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sinó que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantasse, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es possible ni justo que mas te encubra. Sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sugeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansí mismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promessas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado, sinó con pensamiento, y podria ser que desde este, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento: y assí ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré para que sin engaño y con medido advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga.

Finge que te ausentas por dos ó tres dias como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere, y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad: en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella, assí como vió que le podia hablar le dijo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho: y ha de ser maravilla sinó lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan

inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal sucesso. Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo, pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dijóle assí mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuviesse cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniesse cuando Leonela le llamasse, y que á cuanto ella le dijesse le respondiesse como respondiera aunque no su-

piera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabasse de declarar su intencion, porque con mas seguridad y avisso guardasse todo lo que viesse ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, sinó fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiesse ó buscasse otros que no podrian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la escusa de ir á aquella aldea de su amigo se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomía de las entrañas de su honra, víase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro dijo: ¡ay Leonela amiga! no seria mejor que antes que llegasse á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal desseo como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á essa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió

la sagaz y advertida Leonela, y qué es lo que quieres hacer con esta daga? quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que dissimules tu agravio y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa; y ya, señora, que le mates como yo pienso que quieres hacer, qué hemos de hacer dél despues de muerto? Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciesse; pero detúvole el desseo de ver en qué paraba tan gallarda y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuesse tan sin ventura que se me muriesse aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuvie-

ra por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se passe en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la causa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse á llamar á Lotario; pero en fin salió y entretanto que volvia quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡válame Dios! no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á passo llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo desseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su

esposo, sinó que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la empecé á dar en la carta que le escribí á la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse caber género de pensamiento que contra su honra fuesse, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas, y las largas promessas, y las contínuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas para qué hago yo ahora estos discursos? tiene por ventura una resolucion gallarda necessidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues temores; aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, limpia he de salir dél, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se passeaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados passos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sinó que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sinó un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino sucesso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y assí como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha

te atrevieres á passar desta raya que ves, ni aun á llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciesse esconder á Anselmo no hubiesse dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y assí correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad; y assí, respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien desseado, cuanto la esperanza está mas cerca de posseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma possesion que él te tiene; que á no ser assí, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas y violadas. Si esso confiesas, respondió Camila, enemigo

mortal de todo aquello que justamente merece ser amado; con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuan poca ocasion le agravias? Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sinó de algun descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime: cuándo ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiesse despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames desseos? cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? cuándo tus muchas promessas y mayores dádivas fueron de mi creidas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perserverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y assí quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque viesses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor recato que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco cuidado que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas desseo castigar con mis propias

manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el desseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteressada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que cassi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le hiriese: la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia dijo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, á lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la daga de la mano que Lotario la tenia asida,, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiesse herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal sucesso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila como si estuviera difunta,

echándose muchas maldiciones, no solo á él sinó al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término. Y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aun que por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuesse á buscar quien secretamente á Camila curasse; pedíale assí mismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora si acasso viniesse antes que estuviesse sana. Él respondió que dijessen lo que quisiessen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuesse: solo le dijo que procurasse tomarle la sangre, porque él se iba á donde gentes no le viessen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia no cessaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó como le habia dicho la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel sucesso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijesse, porque le pondria en obliga-

cion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñesse, sinó á quitalle todas aquellas que le fuesse possible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podria dejar de ver: á lo que Leonela respondió que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuesse en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengais pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es la podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sossiéguese, señora mia, y procure sossegar su alteracion, porque mi señor no la halle sobresaltada; y lo demas déjelo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos desseos. Atentíssimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personages della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliesse, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas

que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creyó ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber sido él la ocasion; y assí entre otras razones le dijo que no tuviesse pena del sucesso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto no habia de qué temer, sinó que de allí adelante se gozasse y alegrasse con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara dessearse, y queria que no fuessen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciessen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevó por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto.

POCO mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. Qué decís, hermano? dijo el cura (dejando de leer lo que de la novela quedaba) estais en vos, Sancho? cómo diablos puede ser esso que decis estando el gigante dos mil leguas de aquí. En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decia á voces: tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes: y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sinó entren á despartir la pelea ó á ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su passada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de

ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á don Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias, tenia en la cabeza un bonetillo colorado y grasiento que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante, y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á emprender, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se la echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echasse de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sótilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador con su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez

en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí estan horadados y el vino tinto que nada en este aposento? que nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los horadó. No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo dormido: tal le tenian las promessas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiessen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á don Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir de hoy mas segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. Quién no habia de reir con los disparates de los

dos, amo y mozo? Todos reian, sinó el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandíssimo cansancio. Dejarónle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez passada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que assí estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huessos de mi padre y por el siglo de mi madre sinó me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sossegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiesse, assí de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que

cada y cuando que pareciesse haber sido verdad que su amo hubiesse descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y asseguró á la princesa que tuviesse por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que sinó parecia era porque todo cuanto en aquella casa passaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que assí lo creia y que no tuviesse pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sossegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabasse: él que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prossiguió el cuento que assí decia:

CAPITULO XXXVI.

Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente.

SUCEDIÓ pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiesse al revés de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y deste modo por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el gozo

que tenia Leonela de verse protegida en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiesse ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: sossiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciendole que dijesse la verdad, sinó que la mataria. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, sinó muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y assí se salió del aposento y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijesse lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia passado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó

Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fé, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha saldria falsa ó no; y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que passaba, y le pidió que la pusiesse en cobro ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiessen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él assí mesmo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué á donde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas una sabanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la cosa, quedó assombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que deseaba. Sucedió acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y assí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le

halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sinó la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y fuera de sí, poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirabáse en un instante sin discrecion, sin mujer, sin amigos y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinasse toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando acossado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol; á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros: y allí se estuvo hasta que casi anochecia, y á aquella hora vió que venia de la ciudad un hombre á caballo, y despues de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste sucesso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban Los Dos

Amigos. Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nuevas cassi cassi llegó á términos Anselmo, no solo de perder el juicio, sinó de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostassen, y que le diessen aderezo de escribir. Hizóse assí, y dejáronle acostado y solo, porque él assí lo quiso, y aun que le cerrassen la puerta. Viéndose pues solo comenzó á cargarse tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y assí ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si passaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viessen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

«Un necio é impertinente desseo me quitó la vida.

Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necessidad de querer que ella los hiciesse; y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra no hay para que.....»

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba, casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profession de monja, hasta que no de allí á muchos dias le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al príncipe de Orange, que mandaba las tropas de Cárlos V. en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila hizo profesion y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio. Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVII.

De otros raros sucessos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta, con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillon, ansímesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. Viénen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote, y cassi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho, y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear á la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, desseoso de saber qué gente era aquella que con tal trage y tal silencio entraba, se fué donde estaban los mozos y á uno dellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé

que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. Y la señora, quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir esso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que á vuestra merced he dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniéssemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima; y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió á donde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: qué mal sentís, señora mia? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mí parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio hasta que llegó el caballero embozado (que dijo el mozo que los demas obedecian) y dijo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á

essa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, sinó quereis oir alguna mentira de su boca. Jamás la dije (dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando) antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio, bien clara y distintamente como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y assí como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡válgame Dios! qué es esto que oigo? qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estas voces aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien las daba se levantó en pié y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un passo. A ella con la turbacion y dessasossiego se la cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y assombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea (que abrazada con la señora estaba) vió que el que abrazada assí mesmo la tenia era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luego y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella die-

ra consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y assí como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejasse con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en la voz á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó assí mesmo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera: Dejadme, señor don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas; notad como el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida. Vuelta en sí Dorotea, arrodillóse á los piés de don Fernando, y derramando lastimeras lágrimas le dijo: mira si te estará bien, ó te será possible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levan-

tar á igualar á tí mismo á la que presupuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sinó que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin empedimiento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinacion de que si le viesse hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiesse á todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida; pero á esta sazon acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á don Fernando suplicándole tuviesse por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerasse que no acasso como parecia, sinó con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiesse, dijo el cura, que solo la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicíssima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos

gozassen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pussiese los ojos assí mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiesse que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo, y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones, añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fé con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para aceptaros por mia, essa misma me impelió para procurar no ser vuestro y faltar á la verdad. Volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que desseaba, y yo he ha-

llado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea, y diciendo esto la tornó á abrazar y á juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabassen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron assí las de Luscinda y Cardenio, y aun las de cassi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sinó que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sinó por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles, y assí los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijesse cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras, y assí como hubo acabado dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que assí se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de ven-

garse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse decir á donde se habia ido, y que en resolucion, al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiesse passar con Cardenio, y que assí como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí habia de haber mas guarda en el monasterio: y assí aguardando un dia á que la portería estuviesse abierta, dejo á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el cláustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo por estar el monasterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que assí como Luscinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sinó llorar y suspirar sin hablar palabra alguna, y que assí acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen sucesso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promessa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños con intereses que por cuenta de don Quijote le hubiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y assí con melancólico semblante entró adonde su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas des-

comunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y ha muerto y no de tabardillo, pues de un revés, zás, le derribe la cabeza echándola á rodar por el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás y... Qué es lo que dices, loco? replicó don Quijote, estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaria de nada desso, replicó don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fué, sinó real y verdaderamente: y ví yo que el ventero que aquí está hoy dia tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sinó mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo don Quijote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucessos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á don Fernando y á los demás las locuras de don Quijote, y del artificio que

habian usado para sacarle de la peña Pobre, donde él se imagiba estar por desdenes de su señora. Contóles assí mismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen sucesso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria la persona de Dorotea. No, dijo don Fernando, no ha de ser assí, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí, pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo de Mambrino en la cabeza, aunque abollado, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á don Fernando y á los demas la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea dijo:

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que soliádes ser os habeis vuelto en una particular doncella, si esto ha sido por órden del rey nigromante, vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe

de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y passado tan atentamente y con tanto espacio como yo las passé y leí, hallara á cada passo como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y.....quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos. Vísteos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la plática de don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiesse; la cual, como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera dessearme; pero no por esso he dejado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he te-

nido. Assí que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen sucesso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sossiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien pobria ser que yo me hubiesse engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princessa Micomicona: pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí estan heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y sinó, al freir de los huevos lo verá, quiero decir que lo verá cuando

aquí su merced el señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo don Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase assí, y esta noche la podremos passar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mi se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos passaron entre don Quijote y don Fernando; pero á toda esta muy larga y agradable historia, puso silencio un passajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros; porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran assí mismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la bar-

ba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en traje parecia mora la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellos nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndola que assí ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la comodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas, pero con todo esto, si gustáredeis de possar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sinó conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta ahora cosa ninguna, respondió Luscinda, sinó ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieran necesidad, especial-

mente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mi, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, esta señora es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandissímos deseos de serlo. Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligasse á bautizalla, sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Estas razones pusieron gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuesse la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitasse el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijesse lo que decian y lo que ella haria. El en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitasse el embozo, y que lo hiciesse, y assí se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa

y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida, y assí como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priessa llena de congoja y donaire: no, no Zoraida: María, María, dando á entender que se llamaba María y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compassivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor diciéndole: sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: sí, sí, María: Zoraida macange, que quiere decir no. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con don Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué possible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal assiento, puesto que él lo rehusaba, á don Quijote, el cual quiso que estuviesse á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y assí cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que professan la órden de la andante caballería. Si no, cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste

castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sinó que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que esto dijeren que las letras hacen ventajas á las armas, que siempre les diré y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuessen su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas: ó como si en esto que llamamos armas los que las professamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajasse el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, assí con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y congeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tie-

nen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar); hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden dessear en esta vida: y assí las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Y á la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos fué decirles, que cuando entrassen en alguna cassa dijessen: «Paz sea en esta casa.» Y otros muchas veces les dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros.» Bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Presupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del professor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesse por loco; antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, (no porque todos sean po-

bres, sinó por poner este casso en todo el extremo que pueda ser;) y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su mala ventutura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo esso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero ó chimenea, que sinó calienta á lo menos entibia su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levántandose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que dessean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto (que habiendo passado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del militar guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré:

CAPITULO XXXIX.

Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO don Quijote dijo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia, y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá passado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sinó que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para me-

drar en algo, pero estos milagros vénse raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; assí que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sinó con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sinó volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se asseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuesse, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razon averiguada que aquello que mas

cuesta se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada passo está á pique de perder la vida. Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él esta, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que passa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de envestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla de espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artilleria se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura passar por tan estrecho passo al bajel contrario; y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin

del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada por quien quizá huyó espantado del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assí considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante, en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los passados siglos. Todo este largo discurso dijo don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenasse, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiesse. En los que escuchádole habian, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que

al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiesse perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiessen, don Fernando rogó al cautivo les contasse el discurso de su vida, porque no podria ser sinó que fuesse peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diesse el gusto que él desseaba; pero con todo esso por no faltar en obedecelle le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos dijo que no era menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; y assí estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegassen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo hizo que todos se acomodasssen y le prestassen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiesse, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera:

CAPITULO XL.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucessos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si assí se diera mañana á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como móntruos, que se ven raras veces. Passaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y assí llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quie-

ro hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio, tal, que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviesse en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiesse uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: Iglesia, ó mar, ó casa real, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: mas vale migaja de rey que merced de señor. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviesse al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: mandándome á mí por ser el mayor que respondiesse. Despues de haberle dicho que no se deshiciesse de la hacienda, sinó que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliría su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi

rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiesse. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Assí como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron á cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliesse del tronco de la cassa, en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedasse viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sinó quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos del y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiesse comodidad para ello, de nuestros sucessos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro el de Sevilla y yo el de Alicante, adonde tuve nueva que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del ni de mis hermanos nueva alguna, y lo

que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á assentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla tuve nueva que el gran duque de Alba passaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon y de Hornos, (estas muertes fueron la causa de mas rebeldías y maldades, y las únicas de donde nacieron para que mucho durasen, pues dicen que durarán siempre) alcancé á ser alferez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes se tuvo nueva de la liga que la santidad del papa Pio V., de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España, contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandíssimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el desseo de verme en la jornada que se esperaba (historia mia verdadera) y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciesse seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine á Italia: y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que passaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso

cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el moro y las demás naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (esta fué la batalla naval) porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron. Yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fueran los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte, que habiendo el Uchalí rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiessen, y assí me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la desseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de

los Tres Fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de envestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y passamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sinó por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famosso corssario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que assí como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogassen á priessa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que passó del árbol ya habia passado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el ódio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor don

Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en possesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el gran turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casta tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la desseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y y de moros alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inespugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sinó porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua y los turcos no la hallaron á dos varas, y assí con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni assistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sinó esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en

la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, cómo podia tan poco número (aunque mas esforzados fuessen) salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y cómo es possible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y assí me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se assolasse aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla, de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicíssima del invictíssimo Cárlos V., como si fuera menester para hacerla eterna (como lo es y será) que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pèro fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que passaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué possible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero, y valentíssimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballe-

ro del hábito de San Juan, de condicion generosa, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan de Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y assí se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno, antes que vuestra merced passe adelante, le suplico me diga qué se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espia, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un

año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el sucesso de aquel viage. Bueno fué, respondió el caballero, porque esse don Pedro es mi herno, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuestra merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia assí:

CAPITULO XLI.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso celo
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Dessa mesma manera le se yó, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice assí:

SONETO.

De entre esta tierra estéril desolada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada:
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los passados siglos y presentes.
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo: Rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes, pero por ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada vencedora, volvió triunfante á Constantinopla, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere

decir en lengua turquesca el renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es porque no hay entre ellos sinó cuatro apellidos de linajes que descienden de casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo, y este tiñoso bogó el remo siendo esclavo del gran señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fé: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento, entre el gran señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábasse Azanaga, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensasse escribir á nadie el desdichado sucesso mio, sinó por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto desseaba, porque jamás me desam-

paró la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra no correspondia el sucesso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentasse, aunque fuessen débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, assí los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman de almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen cerrar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sinó es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca possibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiessen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y assí passaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada passo las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este,

desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser verdugo de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y assí lo temió él mas de una vez, y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar, alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviendo casi como si hiciera señas que llegássemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero assí como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero y aví-

nole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y assí como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo y dentro del venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento, como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sinó á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy á priessa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia, pero la blancura de la mano y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y assí todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se passaron quince dias en que no la vimos, ni la

mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijesse otra cosa sinó que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez passada, solo y sin gente. Hecimos la acostumbrada prueba yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres, que allí estaban; pero á ninguno se rindió la caña sinó á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leería el papel y cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargasse, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fé, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva desseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena in-

tencion, otros se sirven de ellas acaso de industria, pues viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por esso venian en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos cuanto era possible; y si los moros le hallaran estos papeles le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sinó escribirlo; pero antes que del todo me declarasse con él le dije que me leyesse aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diesse tinta y pluma, porque mejor lo hiciesse. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: Lela Marien, quiere decir nuestra Señora la Vírgen María. Leimos el papel, y decia assí:

«Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La cristiana murió y yo sé que no fué al fuego, sinó con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuesse á tierra de cristianos á ver á Lela Marien, que me queria mucho.

No sé yo como vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sinó tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido si quisieres, y sinó quisieres no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quién me case. Yo escribí esto, mira á quién lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y sinó tienes quien te escriba arábigo dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y essa cruz que yo beso muchas veces, que assí me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen y alegrassen; y assí lo uno y lo otro fué de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sinó que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y assí nos rogó que si era verdad lo que sospechaba que nos fiásemos dél, y se lo dijéssemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiéssemos descubrirle, porque le parecia y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto desseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado, por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas, y con muestras de tanto arrepentimien-

to dijo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer, consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y assí le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansí mesmo, que seria bien responder al billete de la mora, y como teniamos quien lo supiesse hacer luego, al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió, fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender, cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que estan conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua, tan bien como lo verás por este papel. Assí que sin tener miedo nos puedes avissar de todo lo que quissieres. A lo que dices que si fueres á tierra de cristianos que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marien, su madre, sean en tu guarda, señora mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á

que estuviesse el baño solo como solia, y luego salí al passeo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en assomar. Assí como la ví, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel, como dando á entender que pusiessen el hilo, pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel y de allí á poco tornó á aparecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo, dejáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habian dicho que se llamaba Agimorato, riquíssimo por todo estremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperássemos al aviso segundo de Zoraida, que assí se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto dijo el renegado que no tuviéssemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardasse en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el

lienzo tan preñado, que un felicíssimo parto prometia: Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que assí decia:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchíssimos dineros de oro; rescatate tú con ellos y esos tres amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá un barca, y vuelva por los demás, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podeis sacar sin miedo y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sinó yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin y cuando te passees por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse en libertad hasta que fuessen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuesse á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le

habian rescatado y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos contó brevemente un caso, que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada passo suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diesse á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sinó es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sinó para irse á tierra de cristianos, pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuesse á la parte con él en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que sinó hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y assí determinamos de ponernos en las manos

de Dios, y en las del renegado: y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecíme de nuevo á ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero, y que si aquello no bastasse, que se lo avisássemos, que nos daria cuanto le pidiéssemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, cuanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca, con ochocientos me rescaté yó, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola, de que con el primer bajel que viniesse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus granjerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atrevia que luego se desembolsasse el dinero. El juéves, antes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome, que si me rescatasse supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo casso buscasse ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que assí lo haría, y que tuviesse cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dimos órden de que los tres compañeros cautivos se rescatas-

sen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado, y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotassen y les persuadiesse el diablo que hiciessen alguna cosa en perjuicio de Zoraida, que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor; con todo esso no quise poner el negocio en aventura, y assí los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiesse hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPITULO XLII.

Donde todavia prosigue el cautivo su sucesso.

NO se passaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas: y para assegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está sesenta millas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos passos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. Tagarinos llaman en Berbería á las moros de Aragon, y á los de Granada mudejares: y en el reino de Fez llaman á los mudejares elches, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba: y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban al remo, ó ya á hacer la zalá, ó á ensayarse de burlas á lo que pen-

saba hacer de veras, y assí se iba al jardin de Zoraida y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviesse contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sinó es que su marido ó su padre se lo manden. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que sería razonable, y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo, y cómo, y á donde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que ya estábamos rescatados, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogassen al remo, me dijo que mirasse yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviesse hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes, hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo: y estos no se hallaran sinó fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero. A los cuales no les dije otra cosa, sinó que el primer viérnes, en la tarde, se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuessen á la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen

otros cristianos, no les dijessen, sinó que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviesse apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltasse si de improviso la assaltássemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver. Y assí determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien me encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sinó una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó, que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandíssimo amigo suyo) y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó nó, y que cuanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto: y como las moras en ninguna manera hacen modos de ocultarse á los cristianos, ni tampoco los esquivan (como ya he dicho) no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, antes luego cuando su padre vió que venia y despacio, la llamó y mandó que llegasse. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; solo diré, que mas perlas pendian de su hermosíssimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia

en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que assí se llaman las manillas ó ajorcas de los piés, en morisco) de puríssimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos, valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras, es adornarse de ricas perlas y aljofar, y assí hay mas perlas y aljofar entre moros, que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener assí mismo mas de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades. Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse, y es natural cosa que las passiones del ánimo la levanten ó abajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Assí como ella llegó, le dijo su padre, en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí: que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo

me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltamis. A lo cual ella respondió: En verdad, que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser esso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije: porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. Nó es mejor (replicó Zoraida) esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia que no son vuestros amigos? No, respondí yo: aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavia yo le aguarderé, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por esso desseas ir á verte con tu mujer. No soy, respondí yó, casado, mas tengo dada palabra de casarme en llegando allá. Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino. Sinó mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas de estas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo

y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida. Porque es comun, y casí natural, el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuessen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes: y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejandome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado. Pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: tamejí, cristiano, tamejí? que quiere decir: váste, cristiano, váste? Yo la respondí: señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primero juma me aguardas, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos passamos: y echándome un brazo al cuello, con desmayados passos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con su brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba: y yo assí mismo dí á en-

tender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiesse, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: amejí, cristiano, amejí; vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos, no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre. Quédate en paz, y con tú licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninno de los cristianos la enojen, sinó que por decir que los turcos se fuessen, dijo que tú te fuesses, ó porque ya era hora que buscasses tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma (al parecer) se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y dí cuenta de cuanto habia passado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se passó y se llegó el dia y plazo de nosotros tan desseado, y si-

guiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen sucesso que desseábamos. Porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, nuestro renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero donde la hermosíssima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo, estaban prevenidos, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, desseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sinó que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que assí como yo me mostré á mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Cuando estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban al remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Díjimosle en lo que reparabámos, y él dijo, que lo que mas importaba, era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandíssima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y assí sin detenernos mas, haciendo él la guia llegamos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí sinó quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros,

que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los passarian á todos cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos assí mismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y assí con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y assí como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos Nizarani, como si dijera ó preguntára si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajasse. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante: abrió la puerta y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis camaradas, y los demás que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sinó que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien

habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperáos un poco y lo vereis. Y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volvería, que nos estuviéssemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia passado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiesse; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertasse en el ínterin, y sintiesse el ruido que andaba en el jardin, y assomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, ladrones: por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandíssima y temerosa confusion. Pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandíssima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de los nuestros, que yó no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos: en resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablar le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los piés, con diligencia y presteza, nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal sucesso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche cuando ya estábamos todos

en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca: pero tornóle á decir el renegado que no hablasse palabra, que le quitarían la vida; él como vió allí á su hija comenzó á suspirar terníssimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesse en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijesse le hiciesse merced de soltar á aquellos moros, y de dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento: pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliessen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomassen la tierra y la mar, de manera que no pudiéssemos escaparnos, que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer vinimos todos, y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca: pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué possible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin

mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel; y assí mismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y todos juntos, presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, sinó que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiéssemos acabar nuestro viage. Iba Zoraida en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudasse. Bien habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriesse, pero con todo esso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sossegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse órden que se bogasse á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca; puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les dissen de comer los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran por no ser possible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y assí á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sinó el de encontar con bajel que de corso fuesse. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado los consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo espe-

rar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡oh cristianos! mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volvérmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interesse que se os puede seguir de dármela; el cual interesse, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por essa desdichada hija mia, ó sinó por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compassion, y forzó á Zoraida que le mirasse, la cual viéndole llorar assí se enterneció tanto, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos les acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre para solemnizalla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro? A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le

respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas, y assí quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria. Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Assí es, respondió Zoraida. Que en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: La que es cristiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi desseo se extendió á quererte ni á hacerte mal, sinó á hacerme á mi bien. Y qué bien es el que te has hecho, hija? Esso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apenas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacassen, y assí acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa le sacamos medio ahogado y sin sentido, de lo que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava Rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la

Cava, por quien se perdió España, porque Cava en su lengua, quiere decir mujer mala, y Rumia cristiana, y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puerto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sinó puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano; comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora, de todo nuestro corazon, que nos ayudassen y favoreciessen, para que felicemente diéssemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoraida, como echássemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venian: porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos aletargado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo assí al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento tranquilo el mar, convidándonos á que tornássemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: Porqué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? Pensais que es por piedad que de mí tiene? no por cierto, sinó que lo hace por el estorbo que le hará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos desseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sinó el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra;

y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciesse, le dijo: ¡oh infame moza y mal aconsejada muchacha! á dónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priessa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos rogando á Mahoma rogasse á Alá que nos destruyesse, confundiesse y acabasse: y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, messarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera que pudimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á essos hombres esse dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra sinó: plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera impossible, segun la priessa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y assí consolando yo á Zoraida atendimos todos á nuestro viage, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas

veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean; quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto á bajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravessaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embertisle, y ellos assí mesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que passássemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin dada son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo passado un poco adelante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con bala, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otro pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiessen, porque nos anegábamos: Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces, y cuerdas encendidas, y assí llegaron junto al nuestro; y vien-

do cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron diciendo que por haber usado de la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echasse de ver lo que hacia. En resolucion todos passamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de passar del quitar de las riquíssimas y preciosissímas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los desseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamás se ve arta su codicia, la cual entonces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojassen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sinó pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiesse, y irse á la Rochela, de donde habia salido; y assí tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo lo necessario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista, todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran passado por nosotros; tanto es el gusto

de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermossísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el batel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priessa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros nos parecia, diciendo, que diéssemos en ella, aunque fuesse en unas peñas, y lejos de poblado, porque assí asseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviessen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegássemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcásemos donde pudiéssemos. Hízose assí, y poco antes de la media noche seria cuando llegamos al pié de una disformíssima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediesse un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegríssimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia

hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandíssimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos assegurar el pecho, ni acababámos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra á dentro: pues no podria ser menos sinó que presto descubriéssemos quien nos diesse noticia della: pero lo que á mi mas me fatigaba, era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas la cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y assí nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciencia y muestras de alegria, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion si alguno aparecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con gran reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él; y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos, pero con-

siderando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas de turco, y se vistiesse un gilecuelco ó casaca de cautivo que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y assí encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa, y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habian passado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo á media rienda á nosotros se venian, y assí como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros á caso la ocasion porque un pastor habia apellidado al arma: Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi sucesso, y de dónde veniamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venia conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mi decir mas palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida, para que gocen el placer

de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Assí es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado: otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que sinó es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiesse visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y assí como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian al de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorasse como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Marien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al rene-

gado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales, el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santíssimo de la Iglesia, los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ellla sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y la vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XLIII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien don Fernando dijo: Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño sucesso, ha sido tal que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto don Fernando, todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuesse padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaría de manera que pudiesse entrar en su tierra con la autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesíssimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto, entrada ya la noche y al cerrar della, llegó á la venta un coche con algunos hombres de acaballo: pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dijo uno de los de acaballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: Señor, lo que en ello hay, es, que no ten-

go camas, si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero, pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista. De suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda, y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse. Hallóse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y assí como le vió dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y las letras traen por guia y adalid á la hermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sinó apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo. Aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos hués-

pedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla. Pero don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron mas llenos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, assí de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba. Pero el talle, visage y la postura de don Quijote, le desatinaba; y habiendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assí fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, que cómo se llamaba y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabo de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre. Y alborotado y contento, llamando á parte á don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que passaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, como iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico. Supo tambien como aquella doncella era su

hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaría ó le recibiría con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer essa experiencia, dijo el cura, cuanto mas que no hay pensar sinó que vos, señor capitan, sereis muy bien recibido. Porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dijo el capitan, yo querria no de improviso, sinó por rodeos darme á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena del oidor, y todos le acompañaron á la mesa, escepto el cautivo y las señoras, que se quedaron en su aposento. En la mitad de la cena, dijo el cura: del mesmo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años. El cual camarada, era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería Española. Pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. Y cómo se llamaba esse capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon. El cual me contó un caso que con su padre y sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le

habia sucedido tambien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo, pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad, en la felicíssima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucessos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad suma contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necessidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado, de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual viendo ya que el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡Oh señor, si supiéssedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Este capitan tan valeroso que decis es mi mayor hermano, el cual, como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo y otro hermano mayor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada

en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que veis. Mi segundo hermano está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansímesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el desseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios en contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucessos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguadar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sinó con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio, y quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á mi hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar

muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion, y con lo que desseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y assí se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él assímesmo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban y dijo: Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas y cólmese vuestro desseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis, es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo. Los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso sus anchas manos en el pecho por mirarle algo mas apartado: mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucessos; allí mostraron, puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos; allí abrazó el oidor á Zoraida; allí le ofreció su hacienda; allí hizo que la abrazasse su hija; allí la cristiana hermosa y la mora hermosíssima, renovaron las lágrimas de todos; allí don Quijote, estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucessos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería; allí concerta-

ron, que el capitan y Zoraida, se volviessen con su hermano á Sevilla, y avisassen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiesse, viniesse á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor possible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen sucesso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestassen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del oidor. nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras en la caballeriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la

puerta del aposento Cardenio y dijo: Quien no duerma escuche, que oirá una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea. Y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion possible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPITULO XLIIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
Que desde lejos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adónde me guia,
Y así navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y sin discurso.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando mas verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejasse Clara de oir una tan buena voz, y assí moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y queriéndose cerciorar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea la dijo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á esse desdichado músico. Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sinó señor de lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma con tanta seguridad, si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y assí le dijo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas y decidme qué es lo que decis de alma, y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buena hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguia en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo impossibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tu mesma te finges y aderezas;
No te desmaye el verte
A cada passo junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
Tal vez alcanzan impossibles cosas;
Y ansi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por esso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el desseo de Dorotea, que desseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y assí le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denantes. Entonces, Clara, temerosa de que Luscinda la oyesse, abrazando extrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y assí le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor

de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que assí fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y assí lo dejé estar sin dalle otro favor sinó era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assí el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme del siquiera con los ojos. Pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alégreme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, cuando atraviessa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos. Y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y á donde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente,

porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta; y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella, echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decis, sinó señor de almas y lugares como ya os he dicho. No digais mas, señora doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: No digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo doña Clara, qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querria sinó que este mozo se volviesse y me dejasse, quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo: aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien

dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, ya amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sossegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes, su criada. Las cuales como ya sabian el humor de que pecaba don Quijote, y que estaba fuera de la venta, armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de passar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliesse al campo, sinó un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma. Y assí mesmo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡oh mi señora Dulcinea del Toboso! extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; y qué fará agora la tu merced? Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por solo servirte, de su voluntad, ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó passeándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, esta considerando como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú sol, que ya

debes de estar á priessa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, assí como la veas, suplícote que de mi parte la saludes, pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata Daphnes, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso y enamorado. A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: Señor mio, llégguese á cála vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabeza y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la passada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y assí como vió á las dos mozas dijo: Lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros desseos, que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa

con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiéssedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras: ó ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor caballero) dijo á este punto Maritornes. Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió don Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran desseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respondió don Quijote, pero él se guardará bien desso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes, que sin duda don Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: Tomad, señora, essa mano, ó por mejor decir esse verdugo de los malhechores del mundo: tomad essa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sinó para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo

una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque assí como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué impossible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandíssimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y assí no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez passada cuando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sinó para otros, y assí no tienen necessidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que

tiraba con tiento porque Rocinante no se moviesse; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sinó estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el dessear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviesse encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre la albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudassen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriesse; y finalmente allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se passase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por don Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las for-

talezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos á fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó no que os abran. Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar essas ceremonias? si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió don Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo essas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como en esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que don Quijote passaba, y assí tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y assí se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y assí no se hubo movido tanto cuanto, cuando

se desviaron los juntos piés de don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien assí como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

CAPITULO XLV.

Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viesse el cabestro que á don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenia que tales voces daba. El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo; cualquiera que dijere que yo he sido con justo título en-

cantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de don Quijote, pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles que era don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodeasse toda la venta porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assí se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta, todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo, cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y assí por esto como por el ruido que don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el desseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa,

habiendo dado su palabra y fé de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró de espacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sinó prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien diste cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima, de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos, y assí despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Esso será como yo quisiere ó como el cielo lo ordenare, respondió don Luis. Qué habeis de querer ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de con-

sentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos passaban oyó el mozo de mulas, junto á quien don Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que passaba á don Fernando, y á Cardenio, y á los demás, que ya vestido se habian, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de don á aquel muchacho, y las razones que passaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran desseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiessen hacer, y assí se fueron hacia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio á parte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, á quien él tambien dijo lo que passaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejasse de oir doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviesse á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados diciéndole, que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiesse ó no quisiesse. Esto no hareis vosotros, replicó don Luis, sinó es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas

que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quijote, que ya le pareció que no habia necessidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muevénos, respondió uno de las cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo don Luis, no hay para qué se de cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré, si me diere gusto, y sinó ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el oidor. Pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el oidor mas atentamente, y conocióle, y abrazándole dijo: Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra. El oidor dijo á los cuatro que se sossegassen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado

irse sin pagar lo que debian; mas el ventero que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intencion, con tales palabras, que les movió á que le respondiessen con los puños, y assí le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. A lo cual respondió don Quijote muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. Pecadora de mi, dijo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance essa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré, á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuesse servida de darle licencia de acorrer y

socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, á donde aun todavia traian los dos huéspedes á mal traer al ventero, pero assí como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriesse á su señor y marido. Deténgome, díjo don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil: pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto passaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de don Quijote, y de lo mal que lo passaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó sinó sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atrás cincuenta pasos, á ver que fué lo que don Luis respondió al oidor, que le dejamos á parte preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido, á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sinó que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viesse á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad, y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuesse, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe

de mis desseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya señor sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, assí de haber oido el modo y la discrecion con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia él qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y assí no respondió otra cosa, sinó que se sossegasse por entonces, y entretuviesse á sus criados, que por aquel dia no le volviessen, porque se tuviesse tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviesse. Besóle las manos por fuerza don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio, puesto que si fuera possible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer dar título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de don Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor, y la resoluncion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el cual barbero, llevando su jumento á la caballe-

riza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y assí como la vió la conoció y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ¡ah don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre: pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: Aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos. Ya estaba don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armalle caballero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, assí esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y assí la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir, sinó pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azofar, nueva, que no se habia extrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviessen de manifiesto hasta que la verdad se aclarasse dijo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifiesta-

mente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita possesion; en lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los mas hermosos jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sinó es la ordinaria, que como essas transformaciones, se ven en los sucessos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Pardiez, señor, dijo Sancho, sinó tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y assí como don Quijote la vió la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho, y juro por la órden de caballería que professo, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En esso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo passara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLVI.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sinó yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero (este es el que venia con el cura y era del lugar de don Quijote) que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riessen: y dijo hablando con el otro barbero. Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio; y tengo mas ha de veinte años carta de exámen; y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni mas ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado; y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados: y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Assí es,

dijo el cura que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y su camaradas; y aun el oidor, sinó estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla: pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado, que és posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sinó yelmo? cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea: Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo don Quijote, pero ya he dicho que en esso no me entremeto de que sea albarda ó jaez. Dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, por que imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve atado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo nó, vine á caer en aquella desgracia. Assí que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario; en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si essa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy,

no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto don Fernando, sinó que el señor don Quijote ha dicho muy bien, y que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de don Quijote, era todo esto materia de grandíssima risa; pero á los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni mas ni menos, y á otros tres passageros que á caso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver como andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarassen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á don Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que desseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sinó jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y assí habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero,

si todos vuestras mercedes no se engañan, y que assí parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mi albarda y no jaez: pero allá van leyes, &, y no digo más: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de don Quijote, el cual á esta sazon dijo: Aquí no hay mas que hacer sinó que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contaria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mi á entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en esso, sinó en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y

por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luis le rodearon, porque con el alboroto no se les fuesse. El barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros, don Luis daba voces á sus criados que le dejassen á él y acorriessen á don Quijote, y á Cardenio, y á don Fernando, que todos favorecian á don Quijote (donosa y excelente pendencia). El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero: don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuesse, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendia: don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la santa hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á don Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y assí dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon y él prosiguió diciendo: No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha passado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo; acullá por el águila, acá

por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra meced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas: los cuadrilleros que no entendian el frasis de don Quijote, y se veian mal parados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sossegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y la albarda: Sancho, á la mas mínima voz de su amo, obedeció como buen criado: los cuatro criados de don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada passo le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniesse con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con su hermano, con don Fernando, Cardenio y el cura, qué debia hacer en aquel caso, contándosele con las razones que don Luis le habia dicho. En fin fué acordado que don Fernando dijesse á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuesse con él al Andalucia, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de don Luis merecia, porque de otra manera se sabia de la intencion de don Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciessen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, determi-

naron entre ellos que los tres se volviessen á contar lo que passaba á su padre, y el otro se quedasse á servir á don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviessen por él, ó viessen lo que su padre les ordenaba: desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desassossiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sossegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediesse habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra don Quijote, á quien la santa hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razon, habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quijote traia venian bien, y sacando del seno unos pergaminos topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen letor, á cada palabra que leia ponia los ojos en don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo sus pergaminos, con la izquierda mostró el mandamiento, y con la derecha asió á don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: ¡favor á la santa hermandad! y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento donde se

contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y cómo convenian las señas con don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano maladrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huessos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego su hija y Maritornes, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que passaba: ¡Vive el Señor! que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cessaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen á ponerle atado, y entregárselo á toda su voluntad, porque assí convenia al servicio del rey y de la santa hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones don Quijote, y con mucho sossiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida, saltear caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame! digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado de ignoran-

cia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la existencia de cualquier caballero andante. Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de castillos con licencia de la santa hermandad, decidme quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? quién fué el mentecato, vuelvo é decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciesse? qué castellano le acogió en su castillo que le hiciesse pagar el escote? qué rey no le assentó á su mesa? qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? y finalmente, qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVII.

En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.

EN tanto que don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros cómo don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante,

pues aunque le prendiessen y llevassen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sinó hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera lo soltassen trescientas. Con todo esso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo: en efecto tanto les supo el cura decir y tantas locuras supo don Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de don Quijote, y assí tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavia insistian con gran rencor en su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sinó del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa, y sin que don Quijote lo entendiesse, le dió al barbero por la bacía ocho reales, y él le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces, ni por siempre jamás, amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de don Luis se contentassen de volver los tres, y que el uno quedasse para acompañarle donde don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habian comenzado á romper lazos y á facilitar las dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice sucesso, por que los criados se contentaron de cuanto don Luis queria, de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien

todos los sucessos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le passó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó don Fernando, puesto que el cidor, de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sossiego que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote habia dicho, sinó la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de don Fernando. Viéndose pues don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, assí de su escudero, como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y assí con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablasse palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso, pero en ningunas cosas se muestra esta verdad mejor que en las de la guerra, á donde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa, todo esto digo,

alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño que lo echássemos de ver algun dia: porque quién sabe si por ocultas y diligentes espias habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar sobrado se fortificasse en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Assí que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como dessea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas don Quijote, y esperó con mucho sossiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de don Quijote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el desseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien assí como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi desseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo don Quijote; pues assí es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono; la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el desseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla,

Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo menéando la cabeza á una parte y á otra; ¡ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas. Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Dí lo que quisieres, replicó don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es esso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sinó que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Púsose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los lábios parte del premio que merecian sus desseos, lo cual habia visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho sinó dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y passado malas noches y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priessa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será me-

jor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡Oh válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ¡oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion! Vete de mi presencia, mostruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: vete, no parezcas delante de mí, sopena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse sinó volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quijote, dijo para templarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y assí se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiesse visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan

en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Ansí es y assí será, dijo don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacassen de juicio. Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Assí lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta,que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió don Quijote, que si assí fuera, yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude ni ví en quien tomar venganza de tu agravio. Dessearon saber los mas qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le assegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto que creyesse no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y huesso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba.

CAPITULO XLVIII.

Del extraño modo con que fué encantado don Quijote de la Mancha.

DOS dias eran ya passados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote á su aldea, con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiessen el cura y el barbero llevársele como desseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevasse en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiesse en ella caber holgadamente don Quijote: y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el barbero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á don Quijote le pareciesse ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandíssimo silencio se entraron á donde él estaba durmiendo y descansando de las passadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó, con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visages, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de

aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura, trazador desta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mesmo juicio y en su mesma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sinó el otro, que decia: ¡oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque assí conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yoguiesen en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar ansí delante de tus ojos mesmos á la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor,

y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te será pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo á donde yo me sé: y al acabar de la profecia alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ¡oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sinó por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sinó á la possi-

bilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas dos manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLIX.

Donde se refiere el viage del encantado caballero de la Mancha, con otros famosos sucessos.

CUANDO don Quijote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamás he leido, ni visto, ni oido, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusion! pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo esso osaría afirmar y jurar que estas

visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió don Quijote: cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sinó de aire, y cómo no consiste mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar, de media legua. Decia esto Sancho por don Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles desso, Sancho amigo, respondió don Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler á cosas buenas, sinó á malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quieran que están traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan á cosa buena; y si á tí te parece que esse demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniesse á caer del todo en la cuenta de su invencion, pues andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillasse á Rocinante, y enalbardasse el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acom-

pañassen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus ballestas; pero antes que se moviesse el carro salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban del dolor de su desgracia, á quien don Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que professan lo que yo professo; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo esso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastro, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le fiz á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto passaban con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y que-

daron de darse noticia de sus sucessos, diciendo don Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, assegurándole que no habria cosa que mas gusto le diesse que saberlo; y que él assí mismo le avisaría de todo aquello que él viesse que podria darle gusto, assí de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y sucesso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso Impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevasse todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio de lo escrito decia: Novela de Rinconete y Cortadillo, por donde entendió ser alguna original, y coligió que pues la del Curioso Impertinente, habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuessen todas de un mismo autor, y assí la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviesse comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuessen luego conocidos de don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban dos cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante: detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus perezosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las

verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como sinó fuera hombre de carne, sinó estátua de piedra, y assí con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminassen un poco mas, porque él sabia que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y assí tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sinó como quien iba sobre mulas de canónigos y con desseo de llegar presto á sestear á la venta que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera? aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ó otro delincuente, cuyo castigo tocasse á la santa hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió ansí: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó don Quijote la plática y dijo: por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias,

y sinó no hay para qué me canse en decillas; y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuesse descubierto su artificio. El canónigo, á lo que don Quijote dijo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando; assí que, sinó está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó don Quijote; pues assí es, quiero, señor caballero, que sepades que voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sinó de aquellos que á despecho y pesar de la mesma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sinó por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros é impresos en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en oscurecerlas y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion ca-

yeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que assí va encantado mi señor don Quijote como mi madre; si tiene su entero juicio, y come, y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen, cómo, digo, si esto es assí, quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! pensará vuestra merced que no le conozco? y pensará que yo no calo y adivino á dónde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni á donde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assí de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor

le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame essos candiles, dijo á este punto el barbero; tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor que voy viendo que le habeis de hacer compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuesse; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas desseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédesse aquí, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriesse con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mesmo temor, habia el cura dicho al canónigo que caminassen un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hízolo assí el canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progresso de sus

sucessos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de don Quijote, y en acabándola de oir dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, el principio de casi todos los mas que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas, cual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y conçordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues qué hermosura puede haber ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de

entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? Qué ingenio, sinó es del todo bárbaro é inculto podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierra del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiesse que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que assí no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderíales yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y possible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo passo la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sinó que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos

de ser desterrados de la república cristiana como á gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y assí le dijo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado casi todos los que don Quijote tenia, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos; y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados; maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer, pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosíssima dama honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado, bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias del estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere; puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César,

la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere possible á la la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros, da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcíssimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPITULO L.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSÍ es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escri-

tas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion, pero con todo esto no he proseguido adelante, assí por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me lo quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, assí las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que assí han de ser, porque assí las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sinó para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las

disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: decidme, no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de sus reinos, las cuales fueron tales que admiraron, agradaron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, assí simples como prudentes, assí del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por La Isabela, La Filis y La Alejandra? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: assí que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sinó en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fué disparate La Ingratitud Vengada, ni le tuvo La Numancia, ni se le halló en la del Mercader Amante, ni menos en La Enemiga Favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le deje algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías, porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia: porque qué mayor

disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde; un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona? Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan? sinó que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y assí se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, cómo es possible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo una accion que passó en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sinó con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que dicen que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues qué si venimos á las comedias divinas? Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjui-

cio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo, que este fin se conseguirìa mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordena, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucessos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda impossibilidad es impossible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen y dicen verdad, que los representantes

no se les comprarian si no fuessen de aquel jaez; y assí el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide, y que esto es una verdad, véese por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicíssimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama, y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiesse en la corte una persona inteligente y discreta que examinasse todas las comedias, antes que se representassen: no solo aquellas que se hiciessen en la corte, sinó todas las que se quisiessen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas; y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de passar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria facilíssimamente lo que en ellas se pretende, assí el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diesse cargo

á otro, ó á este mismo, que examinasse los libros de caballerías que de nuevo se compusiessen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciessen á la luz de los nuevos que saliessen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sinó de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion ni flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero llegó á ellos, y dijo al cura: aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviessen los bueyes fresco y abundoso pasto. Assí me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y assí por gozar dél, como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuessen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujessen della lo que hubiesse de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á no tomar de la venta mas que cebada. Pues assí es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua assistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechossos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero

decir lo que passa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sinó embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sinó trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender, es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado essa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja: y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuviesses el hilo de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, qué quieres que diga ó piense, sinó que la manera de mi encantamento escede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes

que han sido encantados? Assí que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque assí son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; y es possible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues assí es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado: si nó dígame, assí Dios le saque desta tormenta, y assí se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense. Acaba de conjurarme, dijo don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sinó con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las professa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y assí, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si á caso despues que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse. No entiendo esso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamente. Es possible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa

que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO LI.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote.

AH! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor, podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sinó que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beben cuando se lo dan, y comen cuando lo tienen y responden á todo aquello que preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiessen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias: yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensasse que no estaba encantado, y me dejasse estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á mu-

chos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben de tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo esso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que vuestra merced probasse á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo y aun á sacarle della, y probasse de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado segun va de malencólico y triste; y hecho esto probássemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y sinó nos sucediesse bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuera vuestra merced tan desdichado ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó don Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas encantadas como don Quijote, sinó á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiesse que su señor saliesse por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, é irse donde jamás gentes le viessen.

Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todos, dijo el canónigo, y mas si él me dá la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas; y que pues esto era assí bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fé y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera: al verse fuera de la jaula, lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué á donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual desseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto don Quijote se apartó con Sancho á remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener boníssimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías; y assí movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, él dijo: es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías,

que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la verdad? Y cómo es possible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turba multa de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y finalmente tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí se decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y á tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor don Quijote, duélase de sí

mismo, y redúzcase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicíssimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucia, un Diego García de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un don Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, pacado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, de do segun he sabido trae vuestra merced su principio y orígen. Atentíssimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: paréceme, señor canónigo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la duríssima profesion de la caballería andante que ellos enseñan,

negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas. Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. A lo cual respondió don Quijote diciendo: añadió tambien vuestra merced que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura leyendo otros mas verdaderos y que mejor deleitan y enseñan. Assí es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: porque qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del Santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristan y la reina Iseo, como los de Gine-

bra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan assí, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona? pues aun hasta hoy dia se ven en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta; y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cid, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme assí mesmo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de Mosen Luis de Falces contra don Gon-

zalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negasse careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y assí le respondió: no puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y assí mesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe; porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia: á lo menos sinó lo eran, era razon que lo fuessen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la professan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó don Qui-

jote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por esso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPITULO LII.

Donde prosiguen las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucessos.

BUENO está esso, respondió don Quijote, los libros que están impressos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, sinó léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sinó dígame, hay

mayor contento que ver, como si dijéssemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristíssima que dice: tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si assí no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negregura yacen: y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, á donde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y

amarillas del caracol, puestas con órden desvariado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiesse ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadíssimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos dicen que suele valer una ciudad, y aun más? qué es ver pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores destilada? qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual debe de alargar la mano? qué oir la música que en tanto que come suena, sin sa-

berse quién la canta ni adónde suena? y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si á caso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, advertido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, á donde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que á mi fé, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la possea, y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasion donde me hiciesse emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le

tengo muchos dias ha prometido: sinó que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo, trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme esse condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y assí haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sinó que luego me dessistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Esso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y assí suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé essas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviesse yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiesse, y haciendo lo quisiesse haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías essas, como tú dices, Sancho, pero con todo esso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó don Quijote: yo no sé que

haya mas que decir, solo me guio por el ejemplo que da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme, y assí puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el canónigo de los confabulados disparates que don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiesse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espessas matas que allí junto estaban sonaba, y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, con la piel manchada de negro, blanco y pardo, tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviesse ó al rebaño volviesse. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: ¡ah cerrera, cerrera! ¡manchada, manchada! y cómo andais vos estos dias de pié cojo! qué lobos os espantan, hija? no me diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sinó que sois hembra, y no podeis estar sossegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si

no tan contenta, á lo menos estareis mas segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar andais tan sin guia y tan descaminada, en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sossegueis un poco, y no os acucies en volver tan presto essa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sossegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviessen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toquis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, sinó os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que esse señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió don Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y assí lo harán todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren

y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Cedo la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo don Quijote, vete á donde quisieres y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Assí la daremos todos á la nuestra, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diesse principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sossiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO LIII.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á don Quijote.

TRES leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosíssima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; qué digo yo por las circunvecinas no mas? si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes, y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian. Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija, movieron á muchos, assí del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba dispòner de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen su-

cesso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion determinó decírselo á Leandra, que assí se llama la rica que en miseria me tiene puesto, advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que les dejen escoger en cosas ruines y malas, sinó que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vay con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía por allí acertó á passar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo

notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos trocados é invenciones dellos, que sinó se los contaran hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte plumajes: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiesse visto, ni batalla donde no se hubiesse hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafios, segun él decia, que Garcilaso, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiessen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y facciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadíasele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y assí de cada niñería que passaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oro-

pel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que assí el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciesse persuasion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el desseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayessen en la cuenta de su desseo, ya ella le tenia cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre (que madre no la tiene) y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el sucesso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos, tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosíssimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confessó sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debajo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas vistosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y mejor engañada, le habia creido, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella

cueva, y se fué: sucesso que de nuevo puso en admiracion á todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaba, pues le habia dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuesse mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sinó á su dessenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que en la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diesse; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábasse nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos el poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertamos de dejar la aldea y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, passamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo

ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su desseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuena en los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo si saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que mejor y mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas inciertas, de su fé rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es la historia que prometí contaros. si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosíssimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LIV.

De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y assí dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué don Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante, pero guardando las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno; aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor inten-

cionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sinó de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sinó el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el assombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo esso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandíssimos bellaco, dijo á esta sazon don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la alhombra quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo el canónigo y el cura;

mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero corria tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudasse. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, menos los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es possible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y don Quijote se puso en pié volviendo assí mismo el rostro á donde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian processiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriesse las manos de su misericordia y les lloviesse: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas veces que los

habia visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto fuesse alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: agora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que professen la órden de la andante caballería: agora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diesse Rocinante, se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué possible; ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: á dónde va, señor don Quijote? qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fé católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que debe. Fatigosse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba desseo de quietarse

un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó don Quijote, y es esta: que luego al punto dejeis libre á essa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo passo adelante passe sin darle la desseada libertad que merece. Con estas razones creyeron todos los que las oyeron que don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de don Quijote, porque sin decir mas palabras, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de don Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibió en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes; con el trozo que le quedó en la mano dió tal golpe á don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza que jadeando le iba á los al-

cances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diesse otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que le detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sinó el ver que don Quijote no bullia pié ni mano, y assí creyendo que le habia muerto, con priessa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote á donde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas; temieron algun mal sucesso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el assalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiessen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaban, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sossiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era don Quijote, y assí él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lagrimas en los ojos decia: ¡oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos trece dias de servicio me tenias mandada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con

los humildes, y arrogante con los soberbios; acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fué: el que de vos vive ausente, dulcíssima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme encima del carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, por que tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvámonos á nuestra aldea en compañía destos señores que su bien dessean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió don Quijote, y será gran prudencia dejar passar el mal influjo de las estrellas que agora corre. El canónigo, y el cura, y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia, y assí habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á don Quijote en el carro como antes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia. El canónigo pidió al cura le avissase el sucesso de don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza con el rucío y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á don Quijote sobre un haz de hèno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de don Quijo-

te, á donde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á la ama y á la sobrina de que su tio y su señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se ronovó cuando vieron entrar á don Quijote por sus puertas. A las nuevas desta venida de don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y assí como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno. Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? qué saboyana me traeis á mí? qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada desso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Desso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme essas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sinó de la mejor que pueda hallarse. Quiéralo assí el cielo, marido mio, que bien lo habemos

menester. Mas decidme, qué es eso de ínsulas que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Teresa Panza, que assí se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sinó porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de de sus maridos. No te acucies, Teresa, por saber todo esso tan apriessa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir assí de passo, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviessas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo esso es linda cosa esperar los sucessos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas passaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviesse gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviessen alerta de que otra vez no se les escapasse, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiesse en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron

confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mesmo punto que tuviesse alguna mejoría, y assí fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, qué, segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sinó que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, sinó tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA,

LUGAR DE LA MANCHA,

EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

á la sepultura de don Quijote.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason decreta:
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo que su fuerza tanto ensancha.
Que llegó del Catay hasta Gaeta,
La mussa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncínea plancha:
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

—

DEL PANIAGUADO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez á pié y cansado:
(Culpa de Rocinante.) ¡Oh dura estrella!
De esta manchega dama, y este invito
Andante caballero en tiernos años.
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

—

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSSIMO ACADÉMICO
DE LA
ARGAMASILLA

en loor de Rocinante, caballo de don Quijote de la Mancha.

SONETO.

En el soberbio trono diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenético) el manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
(Nuevas proezas) pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

—

DEL BURLADOR ACADÉMICO ARGAMASILLESCO

á Sancho Panza.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico:
De ser conde no estuvo en un tantico,
Sinó se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.

¡Oh vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

—

DEL CACHIDIABLO ACADÉMICO
DE LA
ARGAMASILLA

en la sepultura de don Quijote.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Fué el escudero mas fiel
Que vió el trato de escudero.

—

DEL TIQUITOC ACADÉMICO
DE LA
ARGAMASILLA

en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea.

Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarasse. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altri canterá con miglior plettro.

FINIS.

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	DICE.	LÉASE.
22	19	arrimada	arrendada
26	4	denuendo	denuedo
31	14	dias	horas
38	6	caballo	caballero
57	18	temerosa y desconsolada señora	temerosas y desconsoladas señoras
73	20	que	quien
118	5	ventanas	ventas
150	15	Auque	Aunque
156	35	partor	pastor
163	5	las	les
212	11	gastara	gustara
222	35	ducel	dulce
228	23	faluno	fulano
270	1	calle, las	calle, y por las
295	23	desseos	desseosos
475	30	resoluncion	resolucion
434	8	todos cuchillo	todos á cuchillo

MAY 1 1942

LS
C419d
1884

402200
Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote
El ingenioso hidalgo Don Quijote de la
Mancha. New ed. Vol.1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED